

Guerra y violencias en Colombia

Herramientas e interpretaciones

Jorge A. Restrepo
David Aponte
Editores



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá
Facultad de Ciencias
Económicas y Administrativas



Las investigaciones incluidas en esta publicación han sido realizadas con la colaboración financiera de Colciencias, entidad pública cuyo objetivo es impulsar el desarrollo científico, tecnológico e innovador de Colombia



ODECOFI Observatorio para el desarrollo,
la convivencia y el fortalecimiento
institucional



Libertad y Orden

Departamento Administrativo de
Ciencia, Tecnología e Innovación
Colciencias

República de Colombia

La edición de este libro contó con el apoyo financiero de

gtz



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá

Reservados todos los derechos

© Pontificia Universidad Javeriana
© CERAC
© GTZ-ProFis
© David Aponte
Miguel Barreto Henriques
Iván Mauricio Durán
Héctor Galindo
Soledad Granada
Laura López Fonseca
Diana Carolina Pinzón Paz
Jorge A. Restrepo
Mauricio Sadinle
Fabio Sánchez
Camilo Sánchez Meertens
Alonso Tobón García
Andrés R. Vargas

**Coordinación editorial
y corrección de estilo:**

Juan David González Betancur

Diseño y diagramación:

Carmen María Sánchez Caro

Impresión:

Javegraf

Primera edición: Bogotá, D.C.,
Julio de 2009
ISBN: 978-958-716-268-4
Número de ejemplares: 500
Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Editorial Pontificia Universidad Javeriana
Transversal 4ª núm. 42-00, primer piso,
Edificio José Rafael Arboleda, S. J.
Teléfono: 3208320 ext. 4752
www.javeriana.edu.co/editorial
Bogotá, D. C.

Guerra y violencias en Colombia : herramientas e interpretaciones / editores
Jorge A. Restrepo y David Aponte. -- 1a ed. -- Bogotá : Editorial Pontificia
Universidad Javeriana, 2009.

606 p. : ilustraciones, diagramas, gráficas a color, mapas y tablas ; 24 cm.
Incluye referencias bibliográficas.
ISBN : 978-958-716-268-4

1. VIOLENCIA - COLOMBIA. 2. CONFLICTO ARMADO - COLOMBIA. 3.
DESMOVILIZACIÓN - COLOMBIA. 4. PAZ - COLOMBIA. I. Restrepo, Jorge
A., Ed. II. Aponte, David, Ed. III. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de
Ciencias Económicas y Administrativas.

CDD 303.62 ed. 19

Catalogación en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca
Alfonso Borrero Cabal, S.J.

ech.

Julio 06 / 2009

Prohibida la reproducción total o parcial de este material, sin autorización por escrito de
la Pontificia Universidad Javeriana.

Correlación de fuerzas en disputas de guerras civiles: una aplicación al caso colombiano¹

*Soledad Granada
Camilo Sánchez Meertens*

Introducción

En el marco de las teorías sobre las guerras civiles, se han desarrollado grandes avances para el análisis de las relaciones que se dan entre los grupos armados y entre estos y la población civil. En este documento se retoman algunos elementos de esas investigaciones y se desarrolla una herramienta de análisis cuantitativo de las relaciones violentas entre los grupos armados y cómo estas afectan a la población de diferente forma, dependiendo del estado en el que se encuentre la disputa.

El documento presenta una aproximación teórica y metodológica para la identificación de los elementos que determinan la correlación de fuerzas entre grupos armados en una guerra civil o en un conflicto interno. Con ese objetivo, se propone un indicador de balance de disputa que se calcula para cada día del conflicto armado colombiano: fuerzas estatales-guerrillas, paramilitares-guerrillas y fuerzas estatales-paramilitares. Dicho indicador permite ver en qué estado se encuentra la disputa entre los distintos grupos armados y cómo ha sido su evolución en el tiempo y el espacio. La información que se utiliza son micro datos municipales con agregación anual de la base de datos de CERAC sobre conflicto armado para el período 1997-2008. Complementado con información sobre las características de la violencia de

1 Los autores agradecen los comentarios de Andrés Vargas y David Aponte, quienes realizaron una cuidadosa lectura de este texto. Sus comentarios fueron de gran importancia para su culminación. En especial, agradecemos también Jorge A. Restrepo, quien aportó muy pertinentes observaciones sobre el texto y con quien se construyó el indicador que dio inicio a los desarrollos de este capítulo.

los conflictos armados y sus víctimas, el indicador de balance de disputa puede ser de utilidad para la formulación de políticas de seguridad humana y seguridad interna. Por un lado, el indicador permite distinguir qué zonas son aquellas en las que la población civil está más expuesta al riesgo que conllevan estas disputas. Por otro lado, permite detectar qué zonas están siendo afectadas por una disputa que se expresa violentamente y, por lo tanto, en las que se presentan mayores amenazas a la seguridad. Estos posibles usos del indicador, sin embargo, no son objeto de estudio de esta investigación. El énfasis de este trabajo está en la construcción conceptual y matemática del indicador y su aplicación al análisis de conflictos.

La investigación parte de la distinción que se hace en el idioma inglés entre los términos *war* (guerra) y *warfare* (las estrategias y recursos que se despliegan para llevar a cabo la confrontación armada). El objetivo de este capítulo alude al segundo concepto, pues consiste en dilucidar las múltiples estrategias y recursos que se despliegan en un escenario particular: los territorios en disputa. Partiendo de lo mostrado en el capítulo anterior, donde se señalaron los límites que supone cualquier intento por medir el control, en este capítulo se busca identificar los rasgos de su opuesto o “negativo”: la disputa, la cual tiene un mayor nivel de observabilidad.

Por ello, se decide agrupar los valores del indicador de tal modo que se puedan identificar tres estados de disputa. En cada uno de estos se muestra cómo varían los objetivos prioritarios de la violencia de los grupos, su tipo y grado.

Para el caso colombiano, los hallazgos resultantes del análisis del indicador son congruentes con lo que los planteamientos de Kalyvas (2006), Kilcullen (2006) y Wallace (1997) consideran que sucede en distintas fases de una guerra civil. La información utilizada para construir el indicador propuesto es la base de datos de CERAC sobre el conflicto armado colombiano para el período 1997-2008. Los autores reconocen que este análisis no es exhaustivo para comprender la dinámica del conflicto colombiano. No obstante, consideran que el análisis propuesto puede ser pertinente, objeto de debate, tanto en el caso colombiano, como en el de otros conflictos.

El capítulo se divide en tres partes. En la primera sección, se aborda teóricamente cuáles son las características de la confrontación de cada una de las diadas y se identifican los elementos que resultan definitorios para alterar la correlación de fuerzas en una disputa. En la segunda sección, se describe cómo está construido el indicador de balance de disputa y cómo debe ser

analizado. Finalmente, en la tercera sección, se muestran los resultados de la aplicación del indicador al caso colombiano, en donde se exponen sus límites y alcances interpretativos.

Naturaleza de los grupos y de su confrontación

Con frecuencia, los estudios sobre las guerras civiles centran su atención en los factores políticos, sociales o militares que llevan a su inicio o culminación sin tener en cuenta cuál es la dinámica propia de la guerra (Kalyvas, 2005: 89). Sin embargo, esta afecta de manera endógena las estrategias e identidades de los actores involucrados (Kalyvas, 2005: 89-90). De ahí que sea necesario estudiar cómo han sido las formas de *librar la guerra* y, por lo tanto, la manera en que se ejerce el control territorial. Es así como adquiere relevancia la pregunta acerca de cómo son las disputas entre los grupos armados y mediante cuáles formas los balances militares se alteran en el tiempo.

No obstante, para comprender las disputas y los balances militares, es necesario primero conocer cuáles son, en efecto, las formas de hacer la guerra. Kalyvas (2005) distingue tres tipos de guerras: la convencional, la irregular y la simétrica no convencional. En la primera, ejércitos regulares combaten frente a frente y ambos tienen la expectativa de que con la confrontación directa lograrán la victoria. La segunda, la guerra irregular, supone el reconocimiento de una de las partes de su propia debilidad y, en consecuencia, su opción por evitar cualquier combate. El elemento distintivo de este tipo de guerra es la asimetría entre los grupos enfrentados, uno de los cuales posee recursos financieros, logísticos y militares muy superiores al otro. La tercera forma de guerra es la simétrica no convencional, la cual alude a enfrentamientos en los que ambos grupos enfrentados acuden a ejércitos irregulares (por ejemplo, las fuerzas estatales están lo suficientemente diezmadas o divididas para convertirse en un grupo irregular) y se mantienen claras las líneas de frente militar².

2 Este concepto hace referencia a la capacidad de mantener claras divisiones y límites que permiten distinguir cuáles posiciones están bajo control de uno u otro grupo.

Aunque el conflicto armado colombiano se caracteriza por la existencia de antagonismos complejos³, con el propósito de simplificar el análisis, esta investigación parte del hecho que la confrontación armada puede comprenderse como el enfrentamiento entre tres díadas compuestas por las combinaciones de confrontación entre tres tipos de grupos armados que actúan en Colombia, a saber: fuerzas estatales, guerrilleros y paramilitares. Así las cosas, las tres díadas de conflicto que se encuentran en Colombia son fuerzas estatales-guerrilleros, fuerzas estatales-paramilitares y paramilitares-guerrilleros.

Cada una de estas díadas, se presume, responde a lógicas distintas a la luz de los elementos que caracterizan los tres tipos de guerra anteriormente expuestos. De esta forma, las dos primeras díadas fuerzas estatales-guerrilleros y fuerzas estatales-paramilitares— pueden clasificarse como una guerra de tipo irregular, dada la asimetría en la confrontación. La tercera díada —paramilitares-guerrilleros—, en tanto constituye una confrontación entre dos grupos irregulares, puede catalogarse como una guerra de tipo simétrico no convencional. No obstante, debe hacerse la salvedad de que, en el caso colombiano, las líneas de frente son difusas⁴, por lo que la disputa de esta díada adquiere, en algunos momentos, también rasgos propios de la guerra asimétrica no convencional. A continuación, se muestra cuál es la naturaleza de la confrontación en cada una de estas díadas⁵.

3 Es decir, las guerras civiles suelen caracterizarse por la existencia de múltiples actores que se enfrentan entre sí simultáneamente y en contra de la población civil. Para propósitos analíticos, este capítulo no se concentra en el análisis de las interacciones violentas de estos grupos, por fines políticos, económicos o de otra índole, dirigidas hacia la población civil. Esta información, sin embargo, sí se considera para el cálculo de la presencia violenta (ver capítulo anterior) que está en la base del cálculo de la disputa.

4 Aunque existen bastiones de uno u otro bando en distintas zonas del país, casi todas las regiones se ven, de una u otra forma, disputadas por otro grupo (ver mapa 2 del capítulo anterior “Controlando la medición: alcances y limitaciones de la información en conflictos armados”). Resulta, entonces, problemático hablar de líneas de frente militar en Colombia, pues en muchos casos no hay frentes o líneas de batalla que delimiten una frontera que permita distinguir los territorios que controla cada grupo armado por períodos sostenidos de tiempo. Además, aun si existieran estas divisiones, debe tenerse en cuenta que a lo largo de la historia las zonas controladas por los grupos armados han variado continuamente.

5 También en el capítulo anterior de este libro, se hace referencia a la distribución temporal y geográfica de la disputa entre estas díadas.

En los dos primeros casos –las disputas en las que están involucradas las fuerzas estatales–, la naturaleza de estas está determinada por la interacción entre las estrategias contrainsurgentes, llevadas a cabo por las fuerzas armadas estatales y las estrategias contra el Estado, ejecutadas tanto por las guerrillas como por los paramilitares, en caso de que estos últimos efectivamente se enfrenten a las fuerzas estatales.

Se entiende por definición que un grupo paramilitar no busca combatir al Estado. Sin embargo, para el caso colombiano, en el período de estudio, se presentan enfrentamientos entre ambos grupos, particularmente después de 2003. En las reflexiones finales de este capítulo, se aborda con más detalle la explicación de este fenómeno.

En los dos escenarios en los que grupos irregulares enfrentan fuerzas estatales, resulta crucial el control sobre la información acerca de los movimientos, recursos y colaboradores, entre otros factores, de la estrategia del oponente. Esta información puede estar en manos tanto de la población civil, como de los aparatos de inteligencia de los grupos armados. Cuanto más restringido sea el acceso a esta información, tanto más indiscriminada será la violencia que ejercen los grupos armados, claro está, en caso de que efectivamente decidan emplear dicha violencia (Kalyvas, 2005: 98).

Por ello, como lo muestra Wallace (1997), toda lucha contrainsurgente incorpora elementos de la *teoría de la atrición* y de la *teoría de maniobra*. En la atrición, el elemento fundamental para vencer al enemigo es la superioridad en el poder de fuego⁶ y en el número de combatientes, es decir, la capacidad de confrontación bélica sostenida. Sin embargo, una estrategia centrada únicamente en una guerra de desgaste puede tener un efecto contraproducente: por un lado, la población civil puede verse afectada, convirtiéndose así en potenciales colaboradores del grupo enemigo, y, por otro, el alto costo y el gran esfuerzo invertido en la lucha contra grupos inferiores puede llegar a generar la percepción de que estos últimos poseen mayor fortaleza de la que gozan de hecho (Wallace, 1997: 213)⁷.

6 Esta expresión hace referencia a la potencia, capacidad de destrucción y generación de daño del armamento y los explosivos de guerra, la cual usualmente depende del grado de desarrollo tecnológico del mismo.

7 Este hallazgo fue reconocido analíticamente por primera vez en el texto seminal de Hirshleifer (1991) sobre la paradoja del poder.

Kilcullen llega a conclusiones similares al afirmar que en la contrainsurgencia resulta más beneficioso lograr el respeto y confianza de la población local que aumentar la capacidad de combate (Kilcullen, 2006: 134). De ahí que, como plantea Wallace, en la teoría de maniobra el centro de gravedad ya no sea la capacidad de confrontación bélica, sino el vínculo existente entre la población y la insurgencia (Wallace, 1997: 214). Desde esta perspectiva, la población se constituye también en un agente activo del conflicto, cuya estructura de incentivos busca ser moldeada por los grupos armados con el objetivo de acceder a la información que esta posee.

En consecuencia, las operaciones de las fuerzas estatales apuntarían también a adquirir legitimidad frente a dicha población, lo cual supone incorporar un elemento psicológico en las operaciones: lograr la aceptación de la opinión pública (Wallace, 1997: 215 y ss.). Para ello, las fuerzas estatales buscan mantener (o lograr) la iniciativa en las acciones, usando sus ventajas comparativas en recursos militares (por ejemplo, en movilidad, mediante el uso de fuerza aérea) combinadas con arduas labores de inteligencia. En este sentido, es un propósito claro de las fuerzas estatales no tener que limitarse a ejecutar acciones reactivas. Como bien lo muestra Reinales (1998:185) desde una óptica contrainsurgente, la inteligencia se constituye en la mejor arma, ya que hace posible que las fuerzas del Estado sean más selectivas en los objetivos e, igualmente, permite anticiparse a las acciones guerrilleras para así mantener la ofensiva militar.

Alcanzar este objetivo sólo es posible si las fuerzas militares son capaces de crear redes de confianza con la población, mostrando tanto a las organizaciones sociales como a líderes locales que es de su interés el éxito de las fuerzas estatales y que estas son capaces de protegerlos (Kilcullen, 2006: 136). Así mismo, resulta vital mantener la presencia armada, “estar ahí” mediante acciones de patrullaje (Kilcullen, 2006: 136). Con estas estrategias, las fuerzas estatales procuran crear incentivos a la población para denunciar a la insurgencia, logrando desplazar y fragmentar sus redes y obligando a esta última a combatir abiertamente. Es con estas formas de contrainsurgencia y no tanto incrementar el número de capturas y bajas del enemigo que se busca mantener la iniciativa (Kilcullen, 2006: 136). Es en este mismo sentido que Kaldor (2006) y Duffield (2001) afirman que las guerras de la actualidad son guerras de redes.

Por su parte, la estrategia de los grupos insurgentes consiste en remediar su inferioridad militar, mediante la evasión de la confrontación directa con

el ejército regular y la ejecución de operaciones sorpresivas sobre este. En efecto, las guerras revolucionarias han sido exitosas cuando la insurgencia ha logrado mantener la iniciativa ofensiva a través del carácter sorpresivo y simultáneo de sus acciones (Wallace, 1997: 212). De lo anterior se deduce que, en las guerras irregulares, los grupos insurgentes buscan negar a las fuerzas estatales toda inteligencia, disuadiendo a los civiles de colaborar con ellas; solo así logran ser sorpresivos y obligan al oponente a adoptar medidas puramente reactivas (Wallace, 1997: 212). Al negarle a las fuerzas estatales el elemento inteligencia, la guerrilla logra el doble objetivo de generar condiciones favorables para su expansión territorial y obligar a las fuerzas estatales a actuar de manera desmesurada, para así alterar la estructura de incentivos de la población local en su contra y, en consecuencia, dificultarle al Estado la recolección de información para inteligencia.

Ahora bien, la naturaleza de la disputa entre los grupos estatales y las guerrillas puede verse modificada con el tiempo. De hecho, como lo señala Marks (2002: 10), para el año 1998 las FARC habían logrado entrar en una fase de guerra móvil. Esto llevó a que la guerrilla combinara la guerra de terror con una guerra convencional a través de sus denominadas *columnas* (Marks, 2002:14). En estas circunstancias, el poder de fuego vuelve a tener la centralidad que se le otorga en la teoría de la atrición. Por ello, las fuerzas estatales buscaron responder a esta ofensiva guerrillera modernizando su estructura y equipos, de modo que se incrementara su *poder de combate* (poder de fuego y número de hombres). De hecho, una vez las fuerzas estatales han logrado crear redes y movilizar a la población local, la tendencia muestra que el siguiente paso es atacar a la guerrilla en combate (Kilcullen, 2006:138)⁸.

En síntesis, son dos los elementos esenciales de la disputa en las diadas estatales-guerrillas y estatales-paramilitares. Por un lado, se encuentra la disputa por la información en manos de la población, quien está en capacidad discrecional de colaborar o no. Por otro lado, dicha información carece de relevancia para los grupos armados si no poseen un aparato de inteligencia

8 Cabe aclarar acá que es necesario distinguir entre lo deseable y lo que de hecho ocurre. La afirmación de Kilcullen apunta a señalar cuál es la tendencia, la elección más común, pero desde su perspectiva esta no es la estrategia correcta. Un enfoque contrainsurgente debe centrarse en la población y no en el enemigo. Las muertes y el desplazamiento que generan los combates pueden alienar a la población local y favorecer a la insurgencia.

que permita “la apropiada recolección de información, debidamente analizada y convenientemente diseminada” (Reinares, 1998: 160).

En cuanto a la diada paramilitares-guerrillas, su caracterización requiere de ciertos matices, por lo que resulta difícil precisar su clasificación. Por un lado, Hinojosa y Feldmann (2009) han mostrado que los paramilitares en Colombia recurren a *tácticas terroristas*⁹ de guerra para compensar su inferioridad frente a la guerrilla en términos de personal armado, logística y organización. Esta confrontación podría analizarse, entonces, también a la luz de las guerras irregulares. Los paramilitares, desde esta perspectiva, compensan su inferioridad evitando toda confrontación directa con la guerrilla. Su objetivo consiste, más bien, en socavar la base social de las guerrillas por medio de masacres y desapariciones de sus colaboradores, es decir, en palabras del exlíder paramilitar Carlos Castaño, “quitarle el agua al pez” a la guerrilla (Aranguren, 2001: 224). Análoga a la estrategia insurgente, la estrategia paramilitar buscaría entonces negar toda posibilidad de inteligencia a las guerrillas.

Por otro lado, es necesario aclarar, que en el caso del conflicto armado colombiano hay respuestas disímiles a la entrada paramilitar en territorios con prevalencia de presencia guerrillera, piénsese por ejemplo en los casos de Norte de Santander y Arauca en 2001. En el primer caso, la incursión paramilitar condujo a una retirada de las guerrillas a las montañas en la región del Catatumbo (Vargas, 2008a). En el segundo caso, el frente Domingo Laín del ELN logró impedir que los paramilitares del bloque Vencedores de Arauca se consolidaran en los municipios del departamento, con una confrontación armada directa efectiva (Vargas, 2008b). Esta diversidad de resultados en la confrontación paramilitares-guerrillas permite concluir que no necesariamente existe una asimetría entre los dos bandos como lo sugieren Hinojosa y Feldmann. Ambos están en capacidad desde la clandestinidad, de cooptar informantes, instituciones y recursos del sector privado (con una gran variedad de métodos que pueden diferir entre estos grupos)

9 Entiéndase por táctica terrorista toda acción violenta que tiene como intención modificar el comportamiento de los espectadores de ésta (Reinares, 1998:16-17). Las víctimas de esta acción no tienen un valor intrínseco para la organización, sino que resultan relevantes en tanto atentar contra ella tiene un impacto psicológico sobre la población. Es decir, las víctimas directas no son los destinatarios últimos de la violencia; su impacto psicológico excede las consecuencias materiales que provoca (Reinares, 1998:16-17).

generando desbalances alrededor de un punto de gravedad estable en el que los dos entrarían en contienda militar. Por ello, para efectos de este estudio, se entiende la diáda paramilitares-guerrillas como una guerra simétrica no convencional.

Luego de esta caracterización de las diádas, es posible comprender de qué manera se alteran los balances, esto es, cuales son los elementos decisivos que modifican la correlación de fuerzas. A continuación, se exploran las hipótesis sobre los tipos de control y dominio armado que ejercen los grupos del conflicto, las cuales están sustentadas en la discusión teórica vista en esta sección.

Correlación de fuerzas (tipos de control y dominio armado)

Como se ha afirmado, uno de los elementos más importantes en la determinación de la correlación de fuerzas en una disputa es la información, es decir, el acceso a la población civil. Sin embargo, como se analiza a continuación no sólo este elemento determina el resultado final de una disputa. Es necesario aclarar en qué momento la violencia se dirige, principalmente, contra el aparato de información y bajo qué circunstancias, contra el aparato militar.

Cuando Duffield (2001) y Kaldor (2006) afirman que las guerras de hoy constituyen guerras de redes, pretenden resaltar también que estas han perdido su otrora carácter territorial. Sin embargo, además de que esta visión ha sido desmentida con evidencia empírica (Malesevic, 2008), analistas con experiencia militar como Kilcullen (s.f.) afirman que la guerra en Colombia posee los rasgos propios de una guerra insurgente clásica, en la que el control territorial sigue siendo fundamental. Por ello, para interpretar el indicador de balance de disputa que se presenta más adelante en este texto, resulta útil remitirse al marco interpretativo sobre el control territorial que ofrece Kalyvas en *The Logic of Violence in Civil War* (2006). No obstante, en el capítulo anterior se señalaron ya los límites que supone cualquier intento por medir el control. Por ende, acá, más que caracterizar el control, se busca identificar los rasgos de su opuesto o “negativo”: la disputa.

En el marco de la caracterización que hace Kalyvas sobre el control (2006: 204), es posible clasificar la distribución territorial de las disputas entre las diádas de grupos armados en cinco tipos de zonas. En cada una de estas varían los rasgos que caracterizan la disputa, lo que implica cambios en el grado

de control, tipo de violencia y objetivos tácticos de la violencia ejercida¹⁰. Así, existen dos zonas extremas, 1 y 5, de las que no se ocupa este capítulo, puesto que son zonas de control absoluto por algún grupo y, por ende, no hay disputa. En las zonas 2 y 4, por su parte, uno de los grupos tiene mayor control que otro y cuenta con mayor acceso a los flujos de información de parte de la población, pero el territorio está siendo disputado por su respectivo contendiente. En estas zonas, la mayor violencia selectiva¹¹ provendrá del grupo que tiene mayor grado de control, pues cuenta con más acceso a información de la población. Esta última tendrá mayores incentivos para colaborar con el grupo, ya que este cuenta con más capacidad de sanción para quien no colabore. Entretanto, el grupo más débil, al no haber logrado configurar redes con la población, no tiene acceso a la información y recurrirá a la violencia indiscriminada en aras de enviar el mensaje a la población de que el oponente no tiene capacidad de protegerlos (Kalyvas, 2006: 171 y 204). En suma, en 2 y 4 impera la lógica de la guerra insurgente y contrainsurgente expuesta por Wallace y Kilcullen: se trata de modificar la estructura de relaciones e incentivos de la población civil en favor de alguno de los grupos armados.

Los mecanismos concretos para lograr ese apoyo pueden ser tres: (i) la cooptación como sugiere Kilcullen (2006: 138), quien define la contrainsurgencia como “trabajo social armado”; (ii) la ampliación de la base social a través de la vinculación con actividades criminales¹² y (iii) a través del terror,

10 Aunque Kalyvas (2006) no hace referencia específica a los objetivos de la violencia, sino sólo al grado y tipo, más adelante se describe cómo los objetivos tácticos de la violencia de los grupos en cada zona están en función del orden de prioridades de cada grupo sobre los elementos que determinan la correlación de fuerzas. Es decir, si la violencia está dirigida directamente contra la población civil o contra los actores beligerantes, según sea el caso.

11 La violencia selectiva tiene como rasgo principal ser dirigida a una persona específica en razón de su cargo o su identidad con algún grupo o posición social o por el incumplimiento de las normas impuestas por el grupo armado. Sólo puede ejercerse si se cuenta con información, es decir, con colaboración de parte de la población civil (Kalyvas, 2006: 173). La violencia indiscriminada, en cambio, no es personalizada y se emplea para definir el comportamiento de la población cuando no existe acceso a suficiente información para detectar colaboradores del enemigo y ser, por tanto, selectivo (Kalyvas, 2006: 171).

12 Kay (1999) logra mostrar cómo la vinculación de Sendero Luminoso con carteles de la droga permitía a la guerrilla ampliar su base social en tanto que adquiría control sobre todo el grupo poblacional dependiente de la economía cocalera.

el cual según Kaldor (2006: 8-9) es el método más recurrente de control político en la actualidad.

El panorama anteriormente expuesto cambia, sin embargo, cuando se llega a una igualdad relativa del balance de disputa: la zona 3. Allí, la condición de paridad absoluta entre los dos bandos no genera una estructura de incentivos en la población para colaborar, pues ninguno de los grupos garantiza suficiente protección a los colaboradores, ni tampoco sanción para aquellos que decidan no colaborar. Bajo estas condiciones, ningún grupo armado tiene acceso a suficiente información para ejercer violencia selectiva. La violencia indiscriminada, por su parte, tampoco es una opción, pues podría ser contraproducente al conducir a la fuga de potenciales informantes. En consecuencia, es opinión de los autores que en la zona 3, el control sobre la información en manos de la población civil no es definitorio en la correlación de fuerzas. El balance es alterado por los recursos de atrición, esto es, la capacidad de desgastar el aparato militar del grupo contrincante. En efecto, Marks (2002:14) y Kilcullen (2006:138) muestran cómo tras lograrse cierto nivel de movilización popular y cooptación de redes locales, el poder de combate comienza a considerarse más relevante.

En resumen, el texto sugiere como hipótesis: (i) en 2 y 4, debido a la alta importancia del acceso a los flujos de información, se ejerce más violencia contra la población civil y (ii) en la zona 3, se vuelven decisivos *los elementos de atrición* de los grupos armados antes que el control sobre flujos de información en manos de la población, razón por la cual la violencia contra esta disminuye.

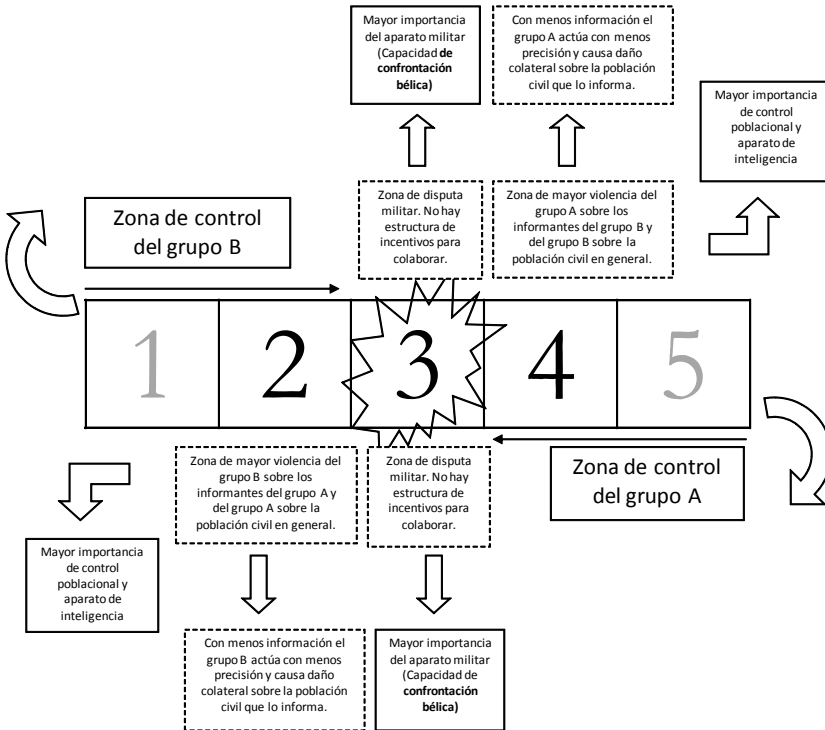
Para efectos de identificar a los grupos durante el análisis, se asume que en toda disputa hay siempre un grupo A (*incumbent* o grupo retado), que por su naturaleza y objetivos tiende a ejercer el liderazgo en el conflicto, y, un grupo B (insurgente, o grupo retador), quien responde a la ofensiva del primero. De esta forma, puede suponerse entonces que 1 es la zona de control del grupo B y 5 es la zona de control del grupo A. Para las diádas que se definieron en la sección anterior, se asume que el grupo A son las fuerzas estatales, en las dos disputas en las que participa, y los paramilitares, en la disputa contra la guerrilla. Se asume como grupo B a guerrillas y paramilitares, en sus respectivas disputas contra fuerzas estatales y la guerrilla, en su disputa contra los paramilitares.

Ahora bien, el objetivo de este capítulo también es dar una herramienta para determinar empíricamente, con un indicador basado en información

sobre violencia, el estado de la disputa entre dos grupos, es decir, que dé cuenta de los momentos y lugares en los que la correlación de fuerzas favorece al grupo A o al grupo B. Dado que 1 y 5 no son observables, el análisis centrará su atención sobre los movimientos entre las zonas 2, 3 y 4 y no se tendrán en cuenta las zonas 1, y 5.

En la siguiente figura, se observa cómo cambian el conflicto, el tipo de violencia y sus objetivos, a medida que los grupos avanzan a través de las zonas de control. Cada uno de estos elementos determina la transición de una zona de control a otra y se identifican por los tipos de acciones ejecutadas y por los recursos militares, económicos, institucionales y de información a los que tienen acceso.

figura 1
Transición del retado y el retador entre las zonas de control



Fuente: elaboración de los autores basada en Kalyvas (2006), Kilcullen (2006) y Wallace (1997).

Indicador de balance de disputa¹³

Este indicador mide, para cada día de disputa, el estado o curso de dicha disputa, identificando los esfuerzos ofensivos de cada grupo. Se puede interpretar como correlación relativa de fuerzas, es decir, quién lleva la delantera en la disputa. Puede calcularse para cada unidad *espaciotemporal* (un municipio/año, por ejemplo), pero también para agrupaciones de ellas¹⁴. El valor del balance de disputa se obtiene del cálculo de la relación de esfuerzos¹⁵ de cada grupo por tipo de esfuerzo, de la siguiente forma:

$$BD_{A,B} = \frac{CL_{A,B} + AU_A}{CL_{A,B} + AU_A + AU_B}^{16}$$

En este indicador es importante, sólo para efectos de interpretación, definir un grupo A (retado) y uno B (retador) en la disputa. En esa expresión $CL_{A,B}$ hace referencia a los combates entre los grupos A y B, mientras que

13 Este indicador se construyó en el marco del proyecto de captura del Estado liderado por Claudia López. Los autores agradecen la colaboración de ella y de Jorge A. Restrepo en su elaboración.

14 Para un grupo de unidades espaciotemporales, el indicador de balance de disputa se puede calcular de dos formas. Una opción es agregar los valores de las variables a la agrupación geográfica y temporal elegida por el investigador. Otra posibilidad es calcular el promedio del valor del indicador sobre todas las unidades espaciotemporales que componen la región elegida por el investigador. La interpretación varía de un cálculo a otro, pues, mientras para la primera opción se dice que el balance de disputa entre el grupo retado y el retador es un determinado valor, en el segundo caso, se dice que en promedio para los municipios del grupo el indicador de balance de disputa tiene un determinado valor. En este trabajo, el análisis se hace a un nivel de agregación nacional, por lo que se optará por la primera forma de cálculo.

15 Este término es tomado de la literatura económica de contiendas, en la cual los recursos disipados ineficientemente entre las partes son conocidos como el esfuerzo que cada grupo está dispuesto a gastar en el conflicto para lograr que su opción preferida sea la opción ganadora.

16 Nótese que esta no es sino una versión parcial de una función estándar de éxito de contienda, en la que se utiliza una forma aditiva de los esfuerzos de las partes, los cuales se dividen por tipos de acciones, separando las acciones de doble confrontación de las usuales, y en la que los parámetros tecnológicos son unitarios en todo caso. Es parcial, pues en el denominador no están los esfuerzos de todos los grupos del conflicto, por lo que no puede ser interpretada como la probabilidad de éxito o la participación en los resultados de la contienda por grupo. No se asumen aquí parámetros logísticos (Davis, 1995), propios de una confrontación asimétrica, para simplificar el análisis.

AU_j son las acciones unilaterales de cada grupo j (j : A,B). En este sentido, las acciones unilaterales del grupo B sólo se contabilizan en el denominador, en el cual se agregan todos los esfuerzos de los grupos de la díada de conflicto, mientras que el numerador muestra el esfuerzo de uno de ellos, el retado. El indicador toma valores entre cero (0) y uno (1): si el valor del balance de disputa es cercano a uno (1), esto implica que los esfuerzos individuales (acciones unilaterales) de A son mayores que los de B, por lo que el balance de disputa estaría a favor del grupo A. Cuando el valor del balance se aproxima a cero (0), se entiende que los esfuerzos individuales de B son mayores que los de A, por lo que el balance favorece a B. Dado que los combates entre A y B están tanto en el numerador como en el denominador, su nivel no altera el balance de disputa, y por lo tanto este se determina únicamente por los esfuerzos unilaterales.

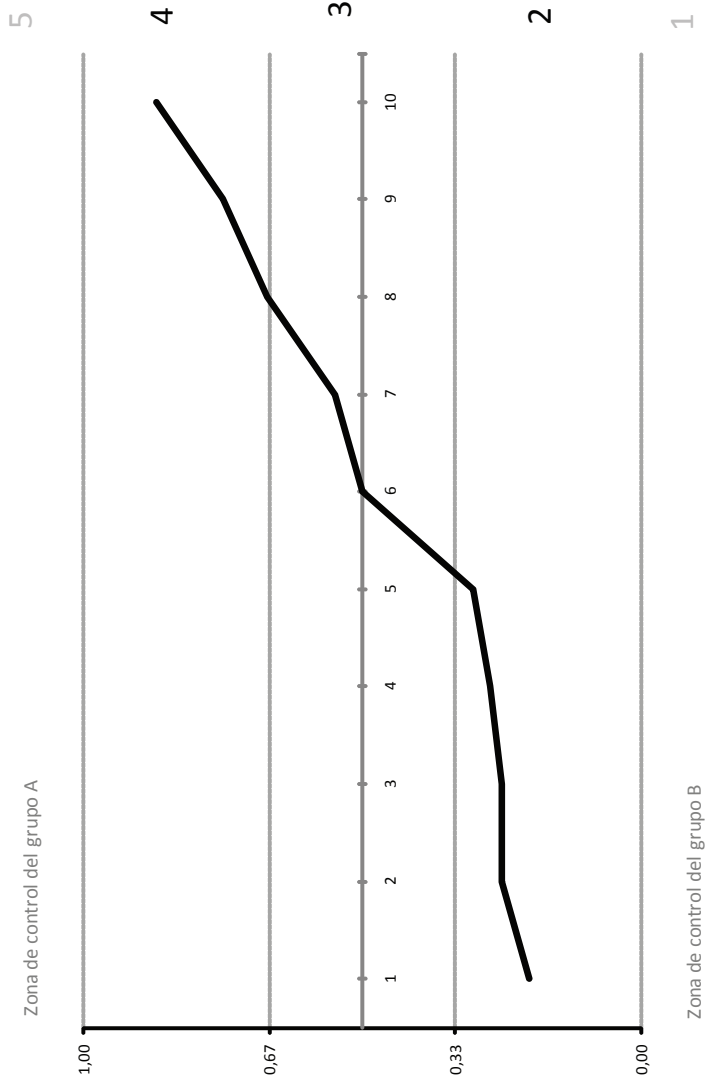
Dos aclaraciones deben hacerse en este punto. En primer lugar, el indicador no mide niveles de disputa, esto es, no da cuenta de si en una unidad espaciotemporal hay más o menos disputa (número de combates o acciones unilaterales). Con el balance, se observa tan sólo el nivel relativo de acciones de un grupo respecto del otro. La cantidad absoluta de acciones de uno u otro grupo puede ser baja, pero independientemente de eso el balance de disputa se puede inclinar a favor de alguno de los dos bandos, si la suma de acciones de uno supera la del otro. Los resultados del indicador, por tanto, deben ser interpretados con extremo cuidado: en ningún caso, debe inferirse un resultado sobre el nivel o intensidad de la disputa. El indicador sólo muestra la presencia de disputa y su tipo.

En segundo lugar, el indicador no pretende emular ecuaciones como las formuladas por Lanchester (Davis, 1995), en las que se miden el poder de fuego y la capacidad de combate de atacante y defensor para así determinar el resultado de un enfrentamiento armado. En una guerra irregular asimétrica, los elementos de la guerra de atrición son tan sólo uno de los factores determinantes de las disputas. Por ello, en este caso, al incluir las acciones unilaterales como el elemento determinante de las disputas, se está reconociendo la importancia tanto de los elementos de la atrición como de inteligencia e información para lograr el éxito en la confrontación¹⁷. Este indicador es útil

17 Futuras investigaciones deben tratar de aumentar el nivel de precisión del indicador, desagregando las acciones unilaterales en aquellas que son propias de una guerra de atrición y aquellas que son propias de una guerra de maniobra.

Gráfico 1

Balance de disputa entre grupo A y grupo B



para identificar en cuál de las zonas de control ya descritas en la anterior sección se encuentra cada tipo de disputa. Es decir, no pretende determinar cuál ejército es más grande ni cuáles son sus niveles de efectividad o letalidad.

En concordancia con lo concluido en el capítulo anterior, sobre los problemas de la información en guerras civiles, las zonas 1 y 5 no existen en el rango de medición de este indicador, pues no existe suficiente información sobre la violencia allí ejercida y, por lo tanto, no hay observaciones cuantificables. El rango de medición del indicador tan sólo permite identificar los tránsitos entre 2, 3 y 4. Si se divide la unidad en tres partes iguales¹⁸, se pueden observar los esfuerzos de cada grupo por avanzar a la siguiente zona de control. De esta manera, cada una de las zonas puede ubicarse en un intervalo cerrado¹⁹: la zona 2 irá de 0 hasta 0,3 periódico, la 3 de ese punto a 0,6 periódico y la zona 4 de allí hasta 1. Esto se explica de manera más clara con el siguiente ejemplo de un caso hipotético:

El gráfico 1 representa el balance de disputa entre el grupo A y el B de un caso hipotético desde el año 1 hasta el año 10. Se parte del supuesto de que es un conflicto de tipo irregular asimétrico, siendo 1 la zona de control del grupo B, mientras que 5 es la zona de control del grupo A.

En este caso hipotético, siguiendo el tránsito de la figura 1, entre 1 y 5, se asume que el conflicto está en una etapa avanzada, pues ya se encuentran dos ejércitos contrapuestos altamente desarrollados. En el primer año, el control del grupo B (retador) es superior al del grupo A (retado), por lo que el balance de disputa inicia favoreciendo al primero (el indicador es menor que 0,5). Por más de cinco años (del año 1 al 5), los valores del indicador se encuentran entre 0,2 y 0,3 periódico, lo que en el modelo de análisis propuesto se considera como la zona 2.

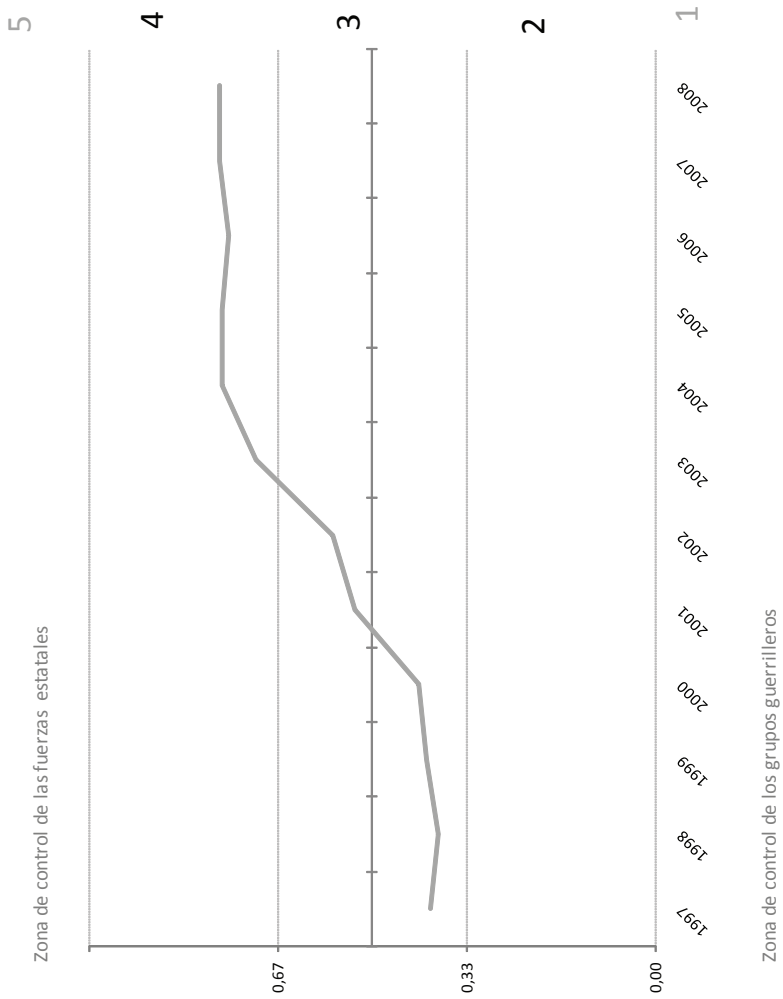
Hacia el año 5, el grupo B imprime un esfuerzo adicional en su ofensiva y genera un movimiento hacia la zona 3, con el cual logra que en el año 6 se iguale la disputa (el indicador es igual a 0,5). En cuestión de tres años, logra superar esta etapa militar hasta llegar a la zona 4, pues el balance de disputa es mayor a 0,6 periódico. Si bien el grupo B ha logrado consolidar su predom-

18 Esta división proporcional es arbitraria y propuesta por los autores, pues no es posible cuantificar la magnitud de la disputa en cada una de las zonas de control.

19 Se denomina intervalo cerrado $[a, b]$ al conjunto de números reales $x \in [a, b]$ que cumplen que $a \leq x \leq b$.

Gráfico 2

Balace de disputa entre las fuerzas estatales y los grupos guerrilleros, Colombia (1997-2008)



minio militar, el grupo A sigue ejerciendo acciones unilaterales, aunque con menor frecuencia.

Aplicación al caso colombiano

A continuación, se presenta el cálculo del indicador de balance de disputa para las tres diádas del conflicto armado colombiano definidas anteriormente. Adicional al valor del indicador, se presenta información sobre los eventos de combate, las acciones unilaterales y las víctimas de estas. El período de estudio escogido empieza en enero de 1997²⁰ y finaliza en diciembre de 2008. La siguiente descripción de la aplicación del indicador al caso del conflicto colombiano no pretende ser una descripción detallada de las dinámicas del conflicto ni de las transformaciones de los grupos. No obstante, sirve como una prueba del modelo que se plantea en este texto²¹.

Disputa entre fuerzas estatales y guerrilleros

En los gráficos 2, 3 y 4 se observa el indicador de balance de disputa para cada una de las diádas. El análisis comienza por la diáda conformada por los grupos armados estatales y las guerrillas²².

Al inicio del período de estudio, se evidencia una paridad en la correlación de fuerzas entre los dos grupos, es decir, se encuentran en la zona 3.

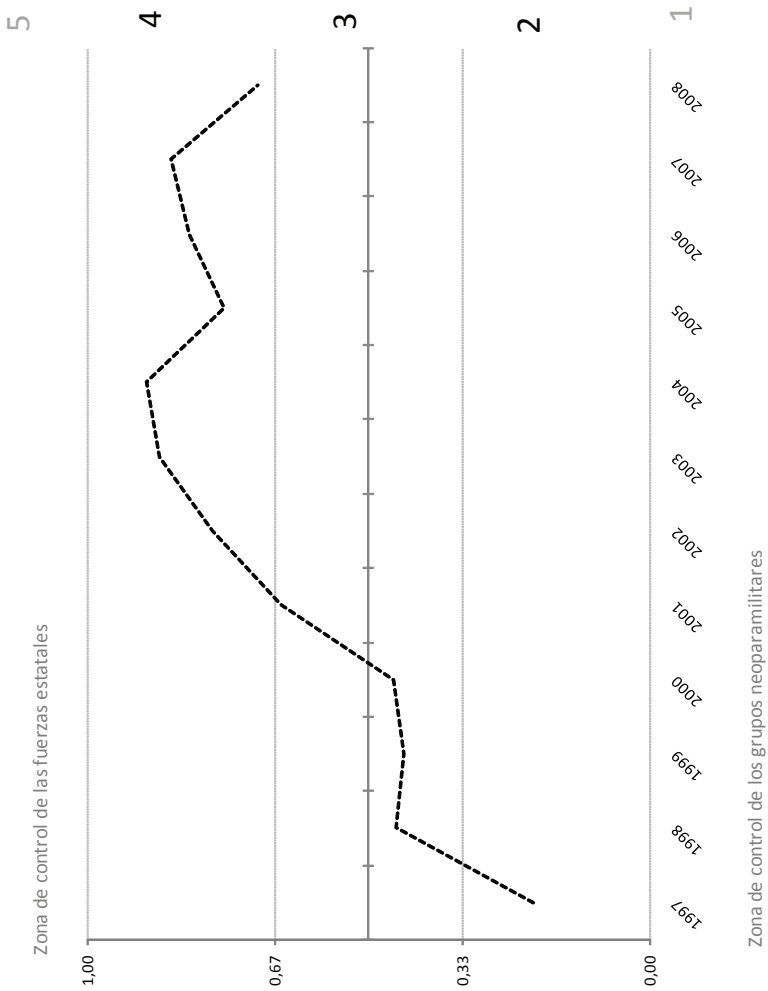
20 El año de inicio se determinó en función de que el tercer grupo del conflicto colombiano, los paramilitares, se consolidaron como ejército en 1997, con la conformación de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), por lo cual es más fácil analizarlo como una unidad nacional. Por otro lado, en los gráficos 3 y 4, las líneas de paramilitares y neoparamilitares hacen parte de la misma serie, pese a que el gobierno ha afirmado que desde 2006 no existen paramilitares. En muchos casos, existe continuidad entre los dos fenómenos, tal como se muestra en el capítulo que se ocupa del tema del neoparamilitarismo.

21 Para una aproximación más detallada en este sentido, ver el capítulo de agotamiento de la política de seguridad.

22 En este análisis, se toman en consideración todas las guerrillas activas entre 1997 y 2008. Aún así, el balance de disputa está determinado mayormente por el accionar de las FARC. Por ello, a continuación sólo se describe lo acaecido en el caso de las FARC. Desde finales de los noventa, el ELN se encontraba en declive estratégico. El número de acciones de otras guerrillas es aún más bajo. En consecuencia, las FARC, al ser la guerrilla más grande, determina en mayor medida el balance de disputa.

Gráfico 3

Balance de disputa entre las fuerzas estatales y los grupos neoparamilitares, Colombia (1997-2008)



Sin embargo, el balance favorece a las guerrillas, pues el indicador se ubica alrededor de 0,4 y 0,2 entre 1997 y 2000, con lo que queda en evidencia la creciente capacidad militar que había desarrollado las FARC desde el segundo lustro de los noventa. Se destaca, en este sentido, la implementación desde 1996 de una nueva estrategia militar denominada la Nueva Forma de Operar. Esta reflejaba la iniciativa de la guerrilla por entrar en una fase de guerra móvil, a través de la ampliación de frentes y crecimiento en el número de hombres y armas. Esta nueva estrategia le permitió a las FARC tomar posiciones fortificadas de la fuerza pública por medio de agrupaciones que superaban los mil hombres (Ortiz, 2006: 330). Nótese que aún durante la instauración de la zona de distensión, la guerrilla consiguió mantener un indicador favorable de balance de disputa.

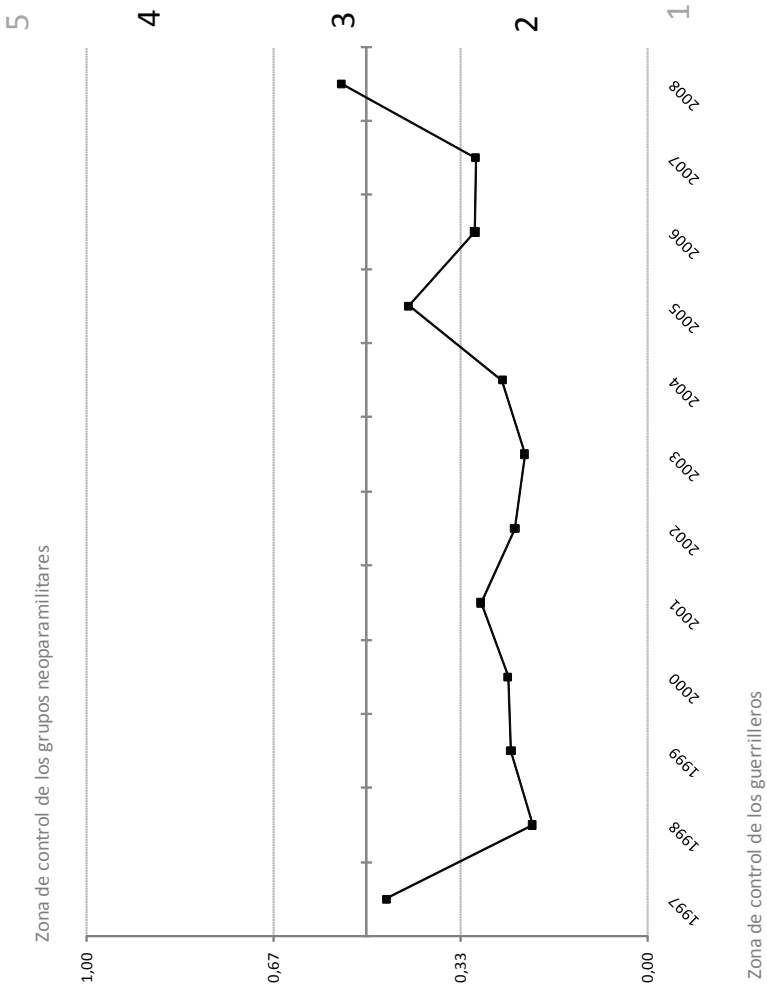
Paralelamente, en esos años, se dieron también evidentes esfuerzos por parte de fuerzas armadas estatales por modernizar sus estructuras y tecnología militar. En efecto, se buscó reformar las fuerzas militares para retomar la iniciativa en la lucha contra la guerrilla, esto es, reorganizarlas en función de *combatir* (Marks, 2002: 11). Los resultados de dicha modernización se empezaron a evidenciar en 2001, cuando el balance de disputa comienza a alterarse a favor de las fuerzas estatales, lográndose superar el umbral de la zona 3 (0,6 periódico) en 2001 (gráfico 2). Nótese cómo en ambos bandos los elementos de la teoría de atrición (poder de fuego y número de combatientes) adquieren especial relevancia en el momento en que existe relativa paridad en la confrontación armada, esto es, cuando los valores del indicador son cercanos a 0,5. En la zona 3, entonces, ambos grupos de la diada fuerzas estatales-guerrilla buscan adaptar su aparato militar en aras de modificar el balance de disputa en su favor. La implementación de estas reformas a sus respectivos aparatos militares adquiere su expresión cuantitativa en el incremento del nivel de combates entre 2001 y 2003 (gráfico 5).

La ofensiva estatal a las FARC anteriormente mencionada se mantiene hasta 2003, el mismo año que se alcanzan los máximos niveles de confrontación armada directa (gráfico 5). Tras este año, no se observan ya alteraciones significativas en el balance de disputa, pues hasta 2008 los valores del indicador se mantienen constantes dentro de la zona 4 (gráfico 2)²³. Se llega así

23 Entre 2003 y 2004, la relación de combatientes muertos en combate entre las fuerzas estatales y las guerrillas era de siete guerrilleros por cada miembro de las fuerzas estatales, mientras

Gráfico 4

Balance de disputa entre los grupos neoparamilitares y los grupos guerrilleros, Colombia (1997-2008)



a un estancamiento de las capacidades militares de las fuerzas estatales para confrontar a las guerrillas. Esto, según el marco de interpretación expuesto más arriba, implica que los elementos de atrición que ambas partes habían incrementado en años anteriores ya no son el principal determinante del balance de disputa. El control sobre la población civil reaparece, entonces, como herramienta de lucha insurgente y contrainsurgente.

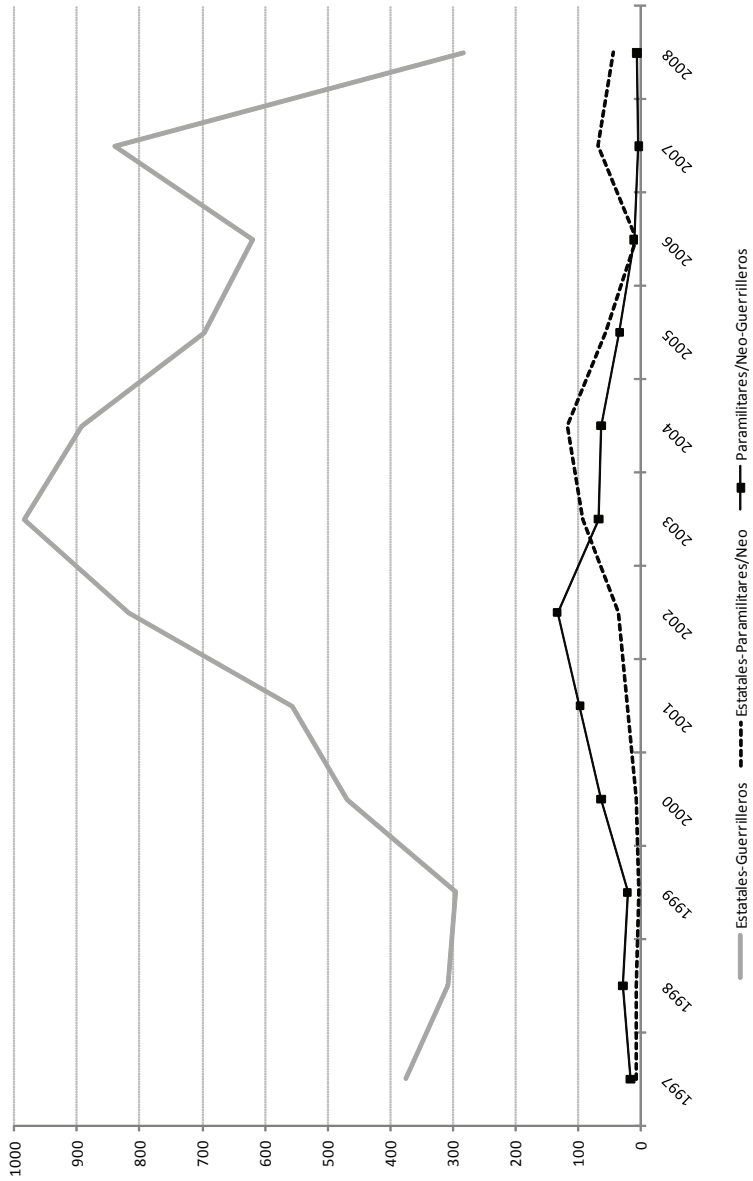
Efectivamente, como se evidencia en el gráfico 6, la proporción de civiles del total de muertos, resultado de acciones unilaterales de ambos, comienza a incrementarse desde 2003. Así, en el gráfico 6, llama la atención como en 2004 la brecha entre muertos totales y civiles se reduce. Aunque el nivel absoluto de muertos civiles cae, pasando de 303 en 2003 a 297 en 2004, (la proporción de civiles del total de muertos aumenta a 65% en 2004 (7% más que en 2003 y 19% más que en 2002) y se mantiene en niveles similares hasta 2006. En cuanto a las fuerzas armadas estatales, desde 2005, se observa un notable incremento en la proporción de civiles que mueren como resultado de sus acciones unilaterales: de 60% en 2005 (111,55% más que en 2002), se pasó a 84% en 2006 (117) y 48% (69) en 2007²⁴.

Es interesante ver, además, como una vez se consolida el balance de disputa en la zona 4, la Política de Seguridad Democrática adquiere nuevos rasgos entre 2006 y 2008: el informe de gestión del entonces ministro de defensa Juan Manuel Santos, para el período 2006-2009, destaca la importancia de la implementación de obras sociales como elemento crucial de una política de seguridad. De hecho, se señala que en este período se le dio “más trascendencia al papel que juegan los ingenieros militares en la realización de obras que contribuyen al desarrollo social de zonas apartadas” (Santos, 2009: 24). Se asumió, entonces, la noción de Kilcullen (2006: 138), según la cual la contrainsurgencia constituye trabajo social armado. Efectivamente, la Política

que, en 2002, era de cuatro (cálculos propios. BDCAC-CERAC V. 9).

24 A pesar de que la violencia en contra de la población civil recrudece, entre 2007 y 2008, se da una nueva ofensiva de las fuerzas estatales a los guerrilleros, en especial a las FARC. En esta segunda ofensiva, se buscaba la desestructuración de algunos frentes, lo cual se logró en el norte, pero no fue efectivo en el sur. El éxito de estos golpes se tradujo en algunas deserciones de comandantes de esta guerrilla de las FARC y fueron resultado de un sistema de incentivos para la desmovilización. Ejemplos de esto fueron la desmovilización de alias “Karina”, comandante del frente 47 de las FARC (*Semana*, 27 de octubre de 2008) y alias “Rojas”, quien asesinó a “Iván Ríos”, miembro del secretariado de las FARC (*El Espectador*, 14 de marzo de 2008).

Gráfico 5
Combates por díadas, Colombia (1997-2008)



de Consolidación de Seguridad Democrática, además de hacer énfasis en la necesidad de lograr una coordinación entre las agencias de seguridad para incrementar la inteligencia (Santos, 2009: 9), propone un proceso de consolidación territorial a través de la alineación de los esfuerzos militares y policiales con los esfuerzos civiles de justicia y desarrollo social (Santos, 2009: 23).

De esta disputa se puede concluir que, a pesar de que se supera la etapa donde los elementos de atrición son prioridad frente al aparato de inteligencia (es decir, se llegó a la zona 4), la confrontación armada directa continúa, pues el balance de disputa no se ha visto significativamente modificado desde 2004. Con otras palabras, las guerrillas se acomodaron a las nuevas condiciones de la guerra. Adicionalmente, se logra hacer evidente cómo en los momentos de paridad en el balance de disputa, adquiere especial importancia el aparato militar. Posteriormente, una vez el balance de disputa supera el umbral de la zona 3, los combates entre grupos estatales y guerrilleros disminuyen de manera sostenida, con excepción de un incremento en 2007 (gráfico 5). Así mismo, en la zona 4, tiene lugar un incremento en la proporción de violencia letal dirigida en contra de los civiles por parte de guerrillas y grupos estatales (gráfico 6). Se comprobaron, así, las dos hipótesis 1 y 2 planteadas en la sección que se ocupa de la correlación de fuerzas en este texto, que predecían mayor relevancia de los elementos de atrición en la zona 3 y mayor victimización civil en las zonas 2 y 4.

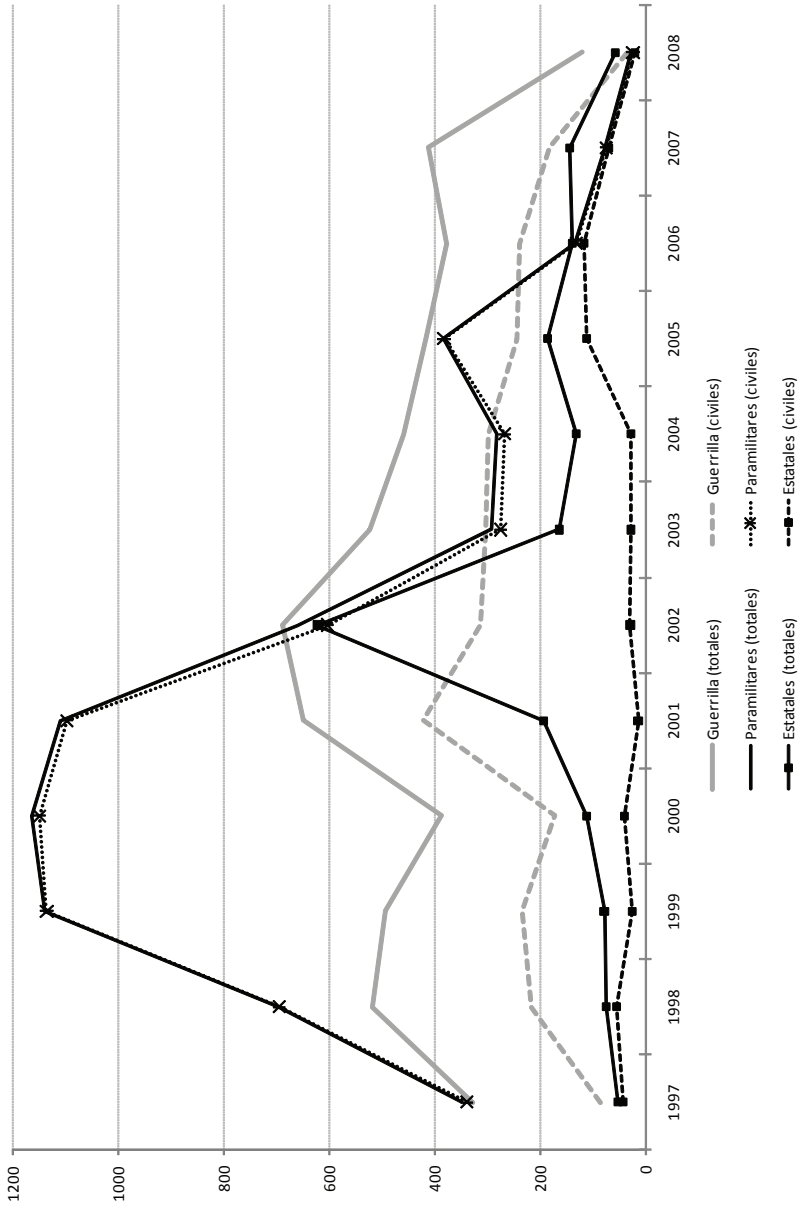
Disputa entre grupos paramilitares y guerrilleros

Esta disputa durante todo el período de estudio ofrece un balance de disputa favorable para las guerrillas, con la única excepción del año 2008 (gráfico 3). Al evaluar su dinámica, se distinguen dos etapas: la primera comienza con la consolidación de las AUC en 1997 y termina en 2003 cuando se inician las desmovilizaciones de los grupos paramilitares. Durante esta primera etapa, a excepción del año 1997, el indicador de balance de disputa se mantuvo siempre en la zona 2, es decir, favoreciendo a la guerrilla.

Tras la ofensiva paramilitar iniciada en 1997, se observa una rápida disminución en el indicador de balance de disputa. Esto muestra que la ofensiva de las FARC previa a la zona de distensión (Echandía, 2006) superó en magnitud el nivel de ataques de los grupos paramilitares. No obstante, entre 1998 y 2001, se registra una tendencia al alza del indicador, esto es, un aumento relativo del accionar paramilitar. En efecto, desde el inicio del período, las

Gráfico 6

Muertes totales y civiles en acciones unilaterales por grupo al que se atribuyen, Colombia (1997-2008)



muerres totales en acciones unilaterales de los paramilitares –fundamentalmente masacres– se incrementaron rápidamente, alcanzando un máximo en el año 2000. Del total de estas muertes, en promedio entre 1997 y 1999, el 99% eran civiles (gráfico 6). Esto, sumado a que los combates entre paramilitares y guerrilla sólo se incrementan hasta 1999 y los de paramilitares con fuerzas estatales hasta el 2002 (gráfico 5) es evidencia de que la estrategia de los paramilitares estaba dirigida directamente sobre la población civil²⁵. De hecho, en el período 1997-2008, la proporción de civiles del total de muertos resultado de acciones unilaterales de paramilitares no desciende en ningún momento de 90%²⁶.

Desde el 2001, nuevamente la proporción relativa de accionar de los paramilitares desciende, tendencia que se sostiene hasta el final de la etapa 1 (2003). Es interesante en este sentido observar cómo se presenta una coincidencia entre el fin de la acción paramilitar (de la primera etapa) en 2001 y el auge de la guerra de atrición de las Fuerzas Armadas ese mismo año. Esta coincidencia puede analizarse a la luz del marco teórico planteado en la sección que se ocupada del tema de la correlación de fuerzas en este capítulo: en la lucha contrainsurgente en la zona 2 (o cercana a 2), los paramilitares cumplirían con el rol de acabar con las redes de apoyo de la guerrilla, alterando el balance de disputa hacia 3. Disminuida la capacidad de inteligencia de la guerrilla, atentar directamente contra el aparato militar del contrincante o librar combates con este se vuelve central; pero como lo muestra la información de la base de datos de CERAC, los paramilitares son poco efectivos en combate²⁷.

De ahí que los grupos estatales que contaban con crecientes recursos militares, mayor poder de fuego y capacidad de combate asumieran ese rol. No se está afirmando acá que existiera una política coordinada de división de tareas, se está mostrando que existe una lógica detrás de la disputa que es función directa de las capacidades y naturaleza de los grupos. Esta observa-

25 Este hecho ya se había hecho ver en Restrepo y Spagat (2004), donde se presentaba la mayor y desproporcionada victimización de civiles por los grupos paramilitares.

26 Todos estos cálculos provienen del banco de la base de datos sobre el conflicto armado colombiano de CERAC.

27 La relación de muertes guerrilleras por muertes paramilitares en combates sostenidos entre los dos grupos para el período de estudio es de 0,5, lo que implica que por cada muerte guerrillera se daban dos de paramilitares. Cálculos propios. BDCAC-CERAC V. 9.

ción es, de hecho, congruente con el análisis que hace Marks. Allí se afirma que ninguna guerra contrainsurgente puede ser ganada sin una movilización popular a nivel local (Marks, 2002: 23). Las Fuerzas Armadas carecían de una estrategia en este sentido, por lo que dicho vacío fue llenado parcialmente por los grupos paramilitares (Marks, 2002: 23-24). De manera parcial, puesto que la estrategia paramilitar, más que generar una movilización popular en su favor, logró impedir esta capacidad a las guerrillas.

Por otro lado, como ya se mencionó, existe una segunda etapa en la dinámica de la disputa entre paramilitares y guerrilla que inicia a finales de 2002 cuando se abren las negociaciones para el proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción (DDR) de los grupos paramilitares. Esta segunda etapa es más compleja de definir en términos del tipo de guerra que se libra, pues ahora es aún más notorio la dependencia de las dinámicas de guerra de los contextos regionales. Incluso grupos *neoparamilitares*²⁸ han generado alianzas tácticas con los grupos guerrilleros locales, mientras que en otros territorios parece haber disputa entre ambos bandos (esta dinámica se explica con más detalle en las reflexiones finales de este escrito).

Disputa entre fuerzas estatales y paramilitares

Esta disputa, al igual que la que se da entre paramilitares y guerrillas, difícilmente puede analizarse bajo la misma óptica durante todo el período. En este caso, el período en el que resulta difícil de entender la naturaleza de la disputa es entre 1997 y 2002. En ese momento, como se observa en los gráficos 4 y 5, los paramilitares no sostenían casi combates con las fuerzas estatales y la gran mayoría de sus acciones unilaterales estaban dirigidas a la población civil (gráfico 5). Al mismo tiempo, los grupos estatales estaban en proceso de modernización y concentrándose en la guerra contrainsurgente (gráficos 2 y 5). De lo anterior, se puede deducir que el valor del indicador de balance de disputa, que pareciera favorecer a los paramilitares en la disputa con las fuerzas estatales, indica más bien que no existía una disputa entre estos dos grupos armados, lo que en algunas regiones puede dar a entender su carácter de formaciones paraestatales y no contraestatales. Claro está que

28 Revisar, al respecto, el capítulo “Neoparamilitarismo: una herramienta conceptual para la interpretación de las nuevas dinámicas del conflicto armado colombiano”.

esta “ausencia de disputa” les favorecía en términos directos y sirvió, sin lugar a dudas, para la expansión del proyecto violento paramilitar durante estos años, un hecho que ha sido difícil de demostrar, pero que este indicador permite sustentar. Así mismo, se puede postular a nivel hipotético que, durante ese período, los paramilitares, dentro de su estrategia de atacar toda real o presunta base de apoyo de los grupos guerrilleros, dañó a la población civil. Por su lado, las fuerzas estatales le estaban causando el mismo afectaron a la guerrilla²⁹. Este indicio también se manifiesta en lo planteado para la diada anterior: los paramilitares son más efectivos para socavar violentamente la presunta o real base social y logística de las guerrillas y las fuerzas estatales para combatirlas.

Cambios territoriales en los balances de disputa

En los mapas 1 a 6, se presenta la distribución del balance de disputa para las tres diadas en 1997 y en 2008. Una comparación entre estos mapas hace posible evidenciar la dinámica territorial de las disputas a través del tiempo, aun cuando no deben ser interpretados en términos de niveles, sino sólo de la presencia de un tipo particular de disputa. En general, la apreciación geográfica muestra que las fuerzas armadas estatales en 2008 disputaron muchos más territorios a los demás grupos del conflicto³⁰. Nótese, así mismo, que precisamente la presencia de disputa supone que el Estado no tiene control completo de estas áreas: para 2008, existe evidencia empírica de ausencia de control del Estado en algunas áreas. También existe evidencia de que ese balance de disputa favorece a las fuerzas estatales en gran parte del territorio nacional.

29 Por la construcción del indicador, si los combates entre ambos grupos son mínimos o nulos (como es el caso de los combates estatales-paramilitares del gráfico 5), el valor del indicador está enteramente determinado por las acciones unilaterales de ambos. En el gráfico 6, se evidencia que del total de muertes de los paramilitares en acciones unilaterales, casi la totalidad eran civiles, por lo que se puede inferir ese resultado.

30 En efecto, la sola apreciación del número de municipios en disputa por el Estado en cada diada de conflicto indica que las fuerzas estatales sostienen disputas en la mayoría de ellos: el conflicto es casi generalizado, aun cuando su nivel no necesariamente sea el más alto (ver, al respecto, el primer capítulo de este libro).

Así, en los mapas 1 y 2 se observa cómo se distribuye la disputa entre grupos estatales y guerrilleros en 1997 y 2008, respectivamente. Al comparar los mapas, de manera general, se observa que el número de municipios en disputa se ha incrementado considerablemente. La mayoría de estos nuevos territorios en disputa, a su vez, se encuentran bajo mayor dominio de las fuerzas estatales, esto es, en zona 4³¹. En 2008, dichas zonas en disputa estuvieron concentradas principalmente en el sur del país (Putumayo, norte de Caquetá, sur y oriente del Meta, norte del Guaviare y Vichada), múltiples territorios cordilleranos (a lo largo del Huila, Tolima, eje cafetero y Oriente antioqueño) y en el noroccidente del país (en Córdoba y bajo Cauca antioqueño) (mapa 2). La mayor parte de estos territorios presentan hegemonía estatal en la disputa entre grupos estatales y neoparamilitares en 2008 (mapa 4), lo que refuerza el hecho de que son regiones recuperadas en el marco de la Política de Seguridad Democrática.

Consecuencia de ello, como lo refleja el mapa 2, es la dispersión de las zonas de mayor dominio guerrillero: para 2008, estas se concentraron en Chocó, en las zonas fronterizas del Nororiente (Arauca y Norte de Santander) y las zonas que se han denominado de presencia histórica de las FARC (sur y oriente del Tolima y Macizo colombiano). La mayoría de estas zonas, además, están rodeadas de otras zonas 3 o 4, lo cual abre la posibilidad de que, en un futuro, logren estar bajo dominio de las fuerzas estatales. Esto puede ser un indicio de la estrategia de las fuerzas estatales de implementar operaciones que vayan creando cercos cada vez más reducidos, lo que obliga a las guerrillas a concentrarse en zonas de difícil acceso, como retaguardia.

En 1997, en la disputa entre fuerzas estatales y grupos guerrilleros, existían más municipios en zonas 2 y 3, particularmente en Antioquia y Meta (mapa 1), los cuales, en 2008, se encuentran casi en su totalidad bajo dominio estatal (mapa 2). Especial atención merece el caso chocoano, ya que es evidente cómo en los municipios costeros la disputa favorece a la guerrilla, desde lo que podría inferirse una débil consolidación estatal en esta región, por demás apartada. A esto se suma que en la disputa entre los grupos estatales y neoparamilitares en 2008, hay una alta concentración de municipios

31 Para un análisis de lo que esto implica en términos de violencia, sería interesante evaluar la distribución espacial de las muertes civiles directas del conflicto en conflictos a la luz de la definición geográfica de estas zonas. Sin embargo, ese análisis será abordado en futuros estudios relacionados con los desarrollos de este texto.

en Chocó donde el balance de la disputa se inclina a favor de los neoparamilitares (mapa 4). Algunos de estos coinciden con zonas 2 en la disputa entre fuerzas estatales y guerrilleros. Es decir, en ese departamento predomina el accionar de los grupos armados no estatales. Se trata, en últimas, de una región aún lejos del control estatal.

Por otro lado, si se comparan los mapas 3 y 4, en los que se observa la distribución territorial de la disputa entre grupos estatales y paramilitares para 1997 y 2008, respectivamente, se notan dos cambios fundamentales. En primer lugar, ha habido un aumento sustancial del número de municipios disputados entre estos grupos: para 1997, la disputa entre paramilitares y fuerzas estatales era prácticamente nula (mapa 3), pues, aunque se observan algunos municipios con simultánea presencia de los dos, lo más probable es que ambos grupos hayan asumido un rol contrainsurgente o, en algunas regiones (las cuales no se pueden determinar aquí), la falta de disputa puede ser un indicio de la omisión de los fuerzas estatales para confrontarlos, incluso su complicidad. La ausencia de combates entre paramilitares y grupos estatales para ese año (gráfico 5) ayuda a soportar la anterior hipótesis.

En segundo lugar, excepto en las zonas costeras de Córdoba y el Andén Pacífico, para 2008, las fuerzas estatales lograron tener mayor dominio que los neoparamilitares (zona 4, como se aprecian en el mapa 4). Ahora bien, esto está directamente relacionado con el cambio en la naturaleza de estos últimos grupos: si bien antes del DDR, paramilitares y fuerzas estatales compartían el objetivo contrainsurgente, después de este proceso se ha evidenciado la existencia de alianzas tácticas entre neoparamilitares y guerrillas en algunas regiones, especialmente el Andén Pacífico. De esta manera, las fuerzas estatales se vuelven enemigo común de guerrillas y neoparamilitares. Reflejo de ello es el aumento de zonas con presencia de grupos no estatales disputadas por fuerzas estatales, si se comparan los años 1997 y 2008 (mapas 1 a 4). Este cambio coincide, a su vez, con la caída a niveles casi nulos de combates entre paramilitares y guerrilla en 2006 (gráfico 3).

Esta tendencia a establecer alianzas tácticas entre los grupos no estatales puede verse de alguna manera en los mapas 5 y 6, en los que se exponen el cambio de la distribución de las disputas entre paramilitares y guerrillas en 1997 y 2008. El cambio observado en el año 2008, es un indicio que puede ayudar a entender esta tendencia. Aunque el número de municipios en disputa aumenta, es llamativo como para 2008, a diferencia de 1997, se observan pocas zonas 3, esto es, zonas de paridad en el balance de disputa (mapas

5 y 6). Esta evidencia sugiere que existe una aparente división territorial del control de los grupos que no se confronta. De hecho, las pocas zonas 3 que se observan en 2008 se ubican en lugares donde ya hay evidencia empírica de asociaciones entre neoparamilitares y guerrillas como, por ejemplo, en Tumaco (Nariño) o en la zona costera de Chocó (Ávila y Núñez, 2008: 61).

La comparación entre los mapas 5 y 6 permite vislumbrar también cómo tras 11 años de confrontación entre guerrillas y paramilitares, las primeras han logrado incrementar el número de municipios con el balance de disputa a su favor (hay más zonas 2 en 2008 que en 1997). Efectivamente, municipios en departamentos como Norte de Santander, Arauca, sur de Cundinamarca, Tolima, Huila, Guaviare, Caquetá, Putumayo y algunos municipios cordilleros de Nariño parecen haber sido recuperados por las guerrillas después de la expansión paramilitar (Rangel, 2005; mapa 6). Respecto a las zonas 4, en donde el balance de disputa favorece a neoparamilitares, debe decirse que se encuentran en el norte de Nariño, norte del Valle del Cauca, eje cafetero, Urabá, Sierra Nevada de Santa Marta, Magdalena Medio, centro del Meta y Vichada. A excepción de este último departamento, se trata de lugares antiguamente asociados a la actividad paramilitar³².

En términos generales, la observación de la dinámica territorial de las disputas permite poner de manifiesto que hay un desplazamiento de los grupos armados no estatales hacia el pacífico y zonas fronterizas del Sur y Oriente del país. Allí aún se encuentran municipios cuyo balance de disputa favorece a los grupos armados no estatales. Aun así, es evidente que se ha logrado una recuperación del territorio nacional por parte de las fuerzas estatales: la mayoría de municipios en disputa tienen un balance a favor de estas últimas.

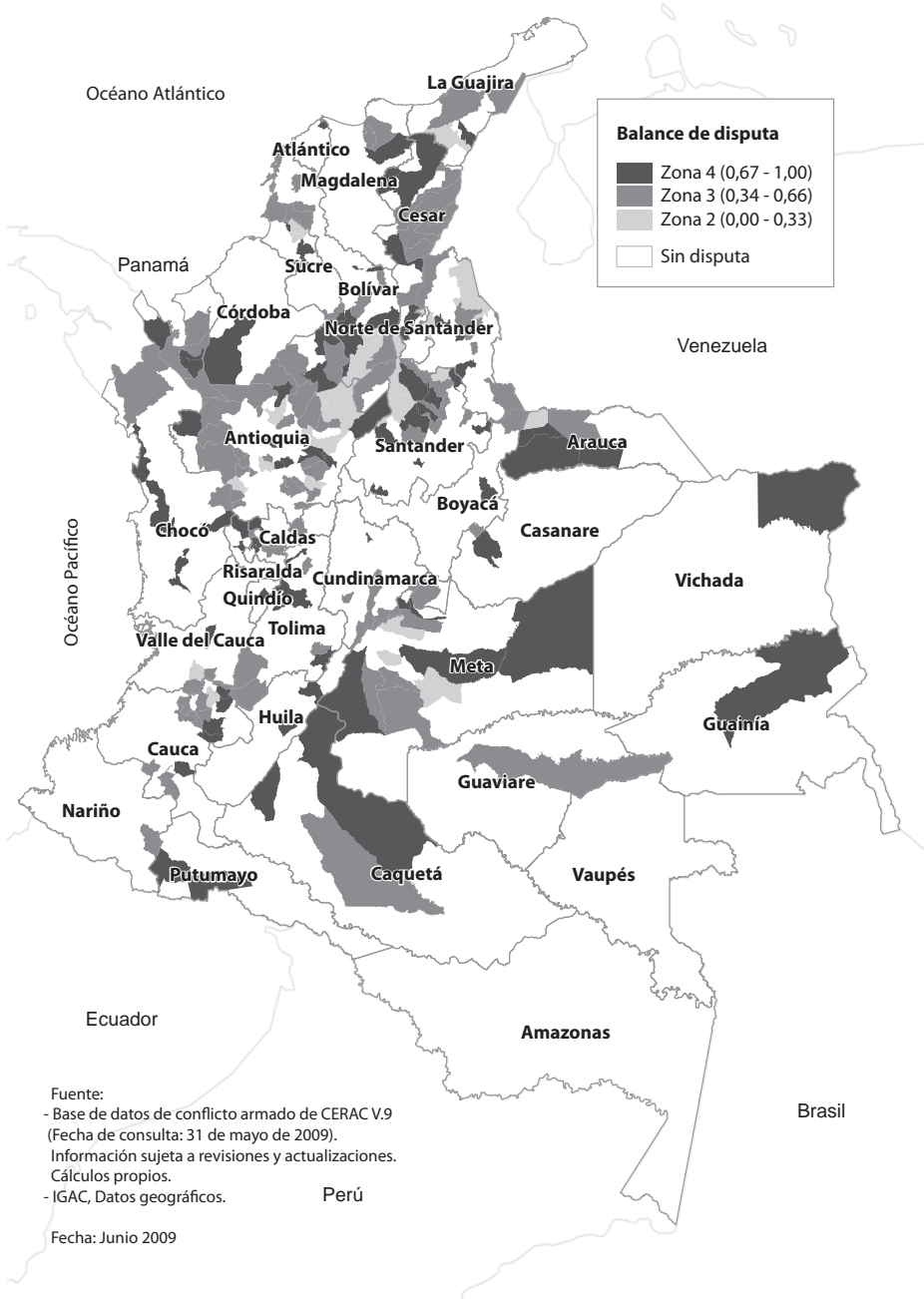
Reflexiones finales

Este documento presenta un marco teórico y metodológico para el análisis de las dinámicas de las disputas entre grupos armados en el contexto de una guerra civil. En el caso de Colombia, que se usa como ejemplo de interpretación del indicador, se evidencia cómo la dinámica de la disputa entre los

32 En el capítulo que trata el tema del neoparamilitarismo en Colombia se muestra en qué medida existe continuidad entre el fenómeno paramilitar y neoparamilitar.

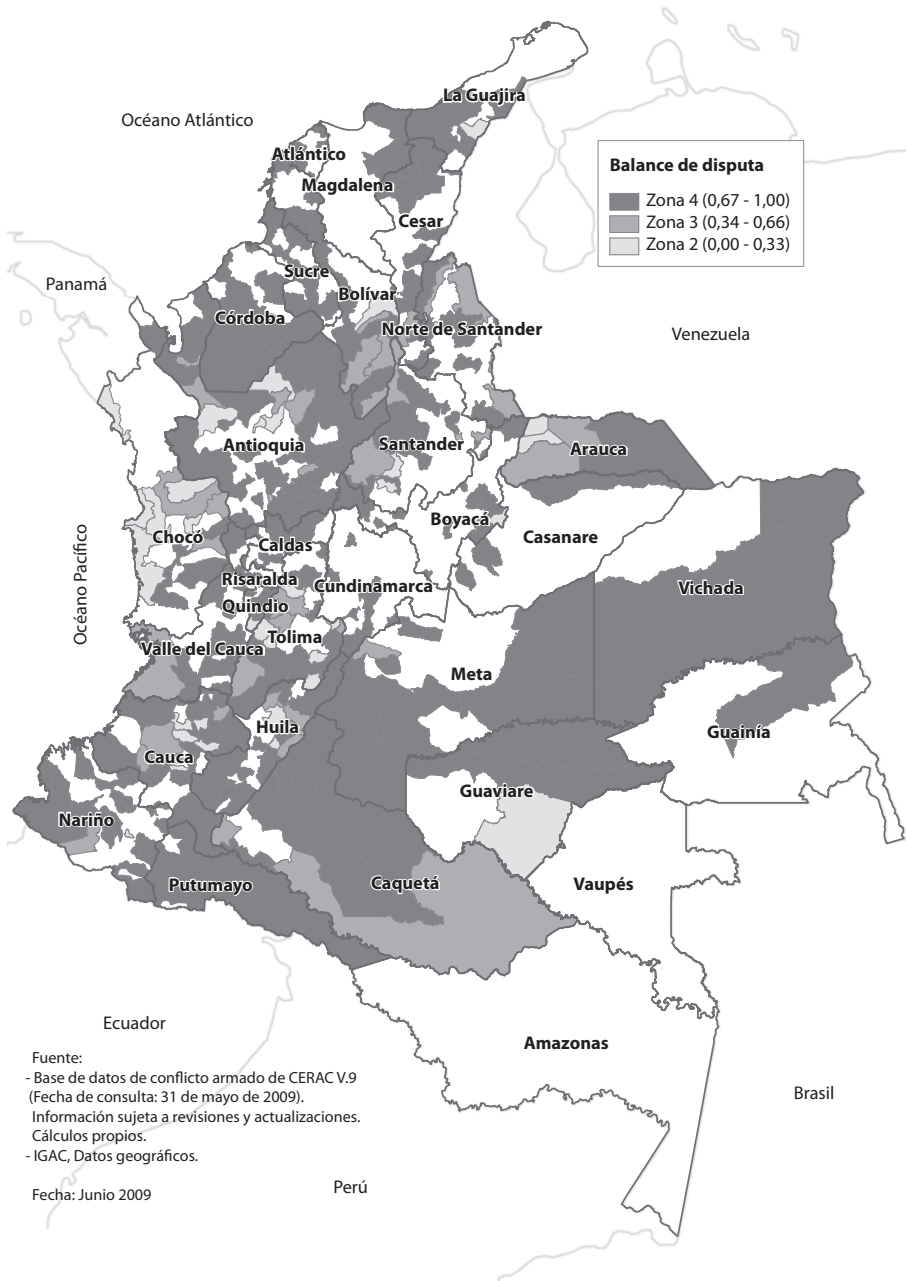
Mapa 1

Balance de la disputa entre fuerzas estatales y grupos guerrilleros, Colombia, 1997



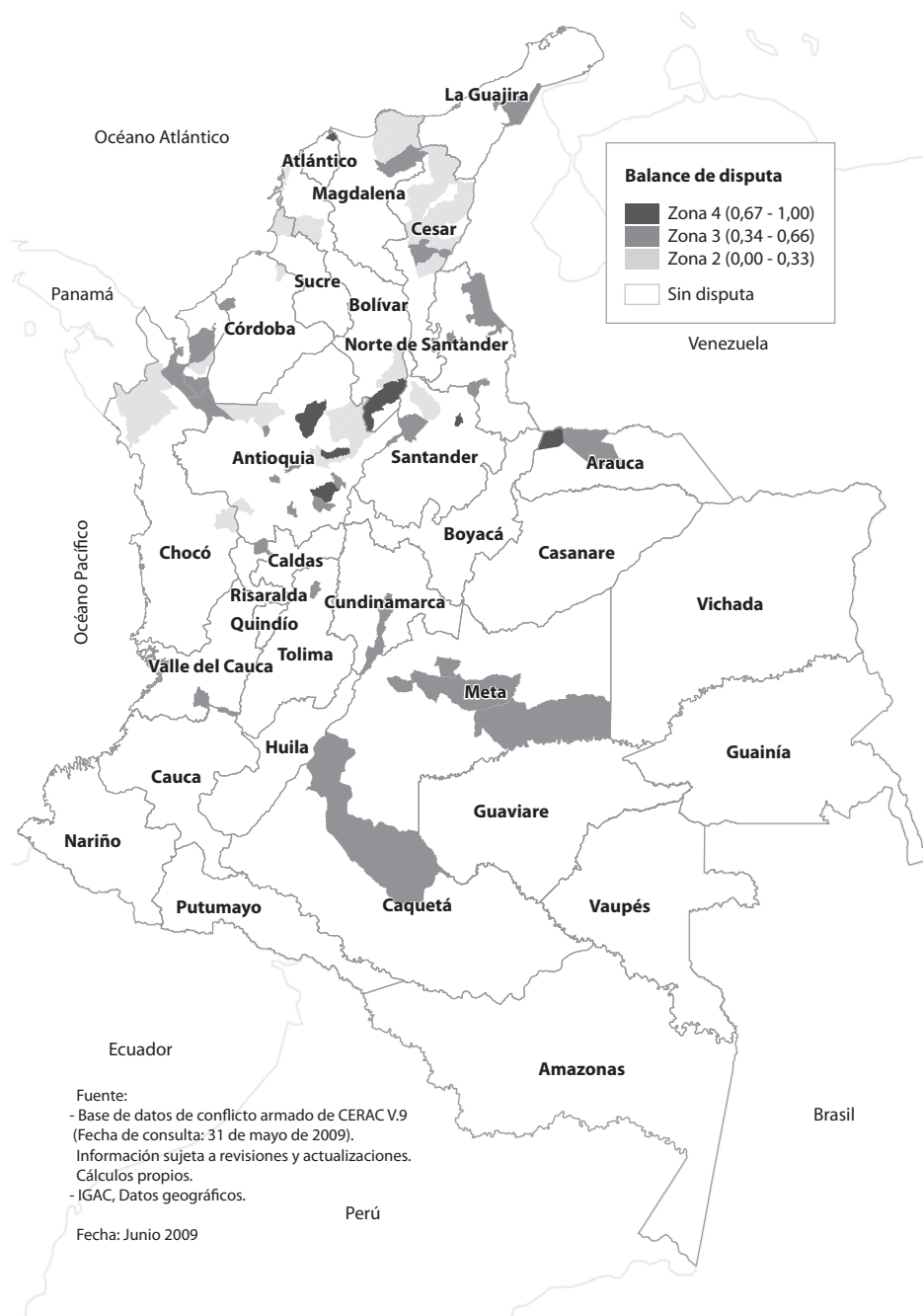
Mapa 2

Balance de la disputa entre fuerzas estatales y grupos guerrilleros, Colombia, 2008



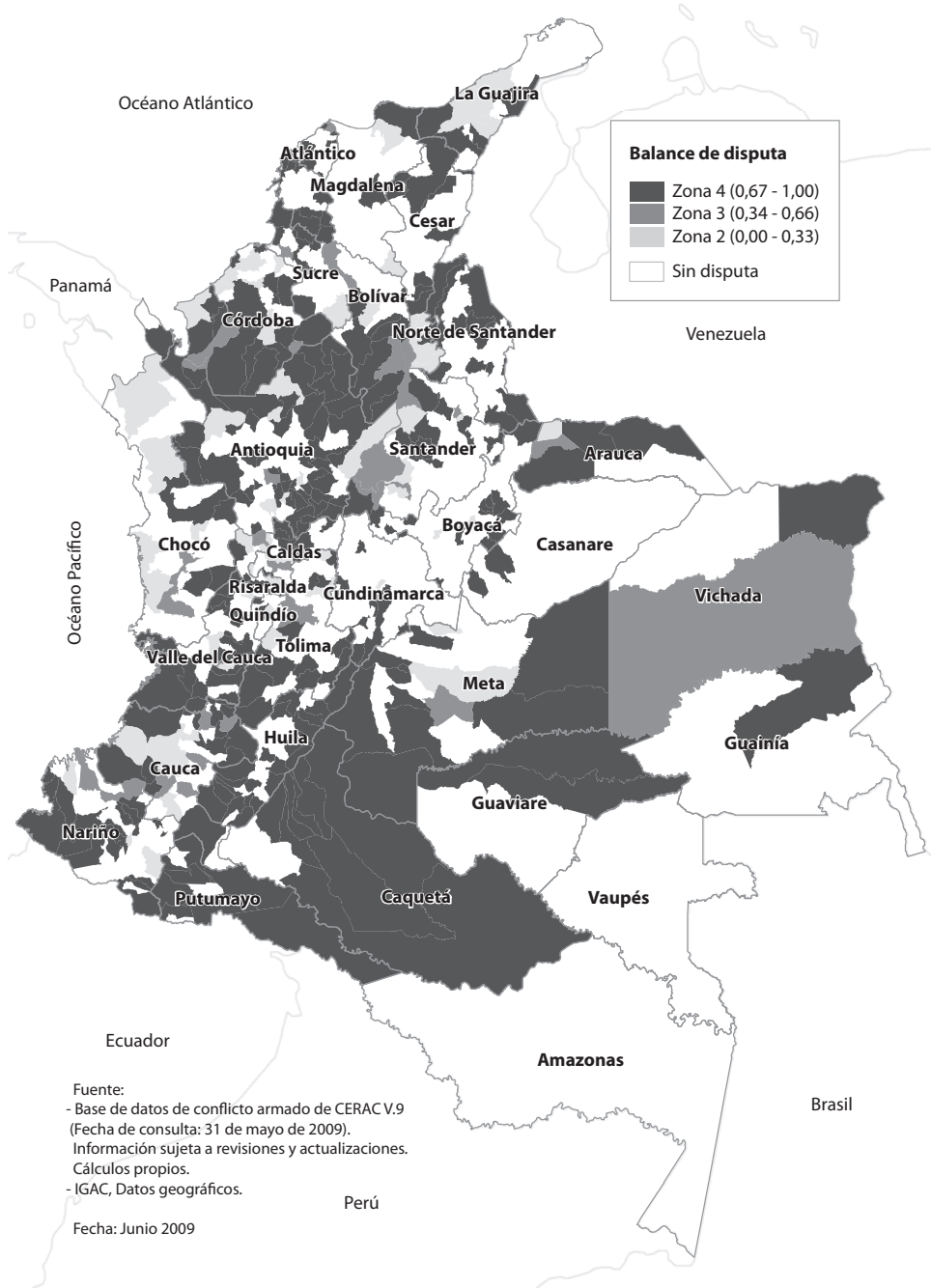
Mapa 3

Balace de la disputa entre fuerzas estatales y grupos paramilitares, Colombia, 1997



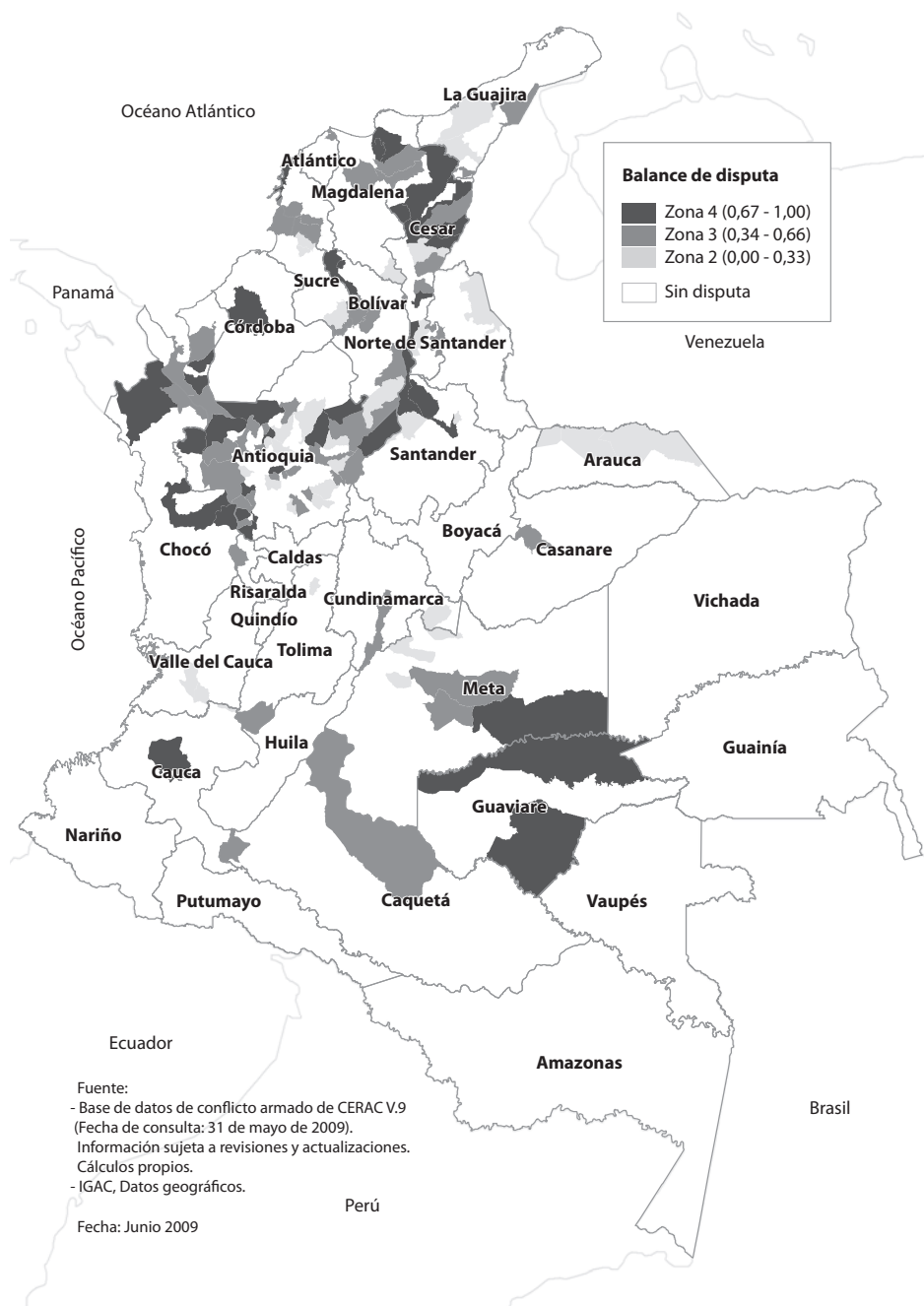
Mapa 4

Balance de la disputa entre fuerzas estatales y grupos neoparamilitares,
Colombia, 2008



Mapa 5

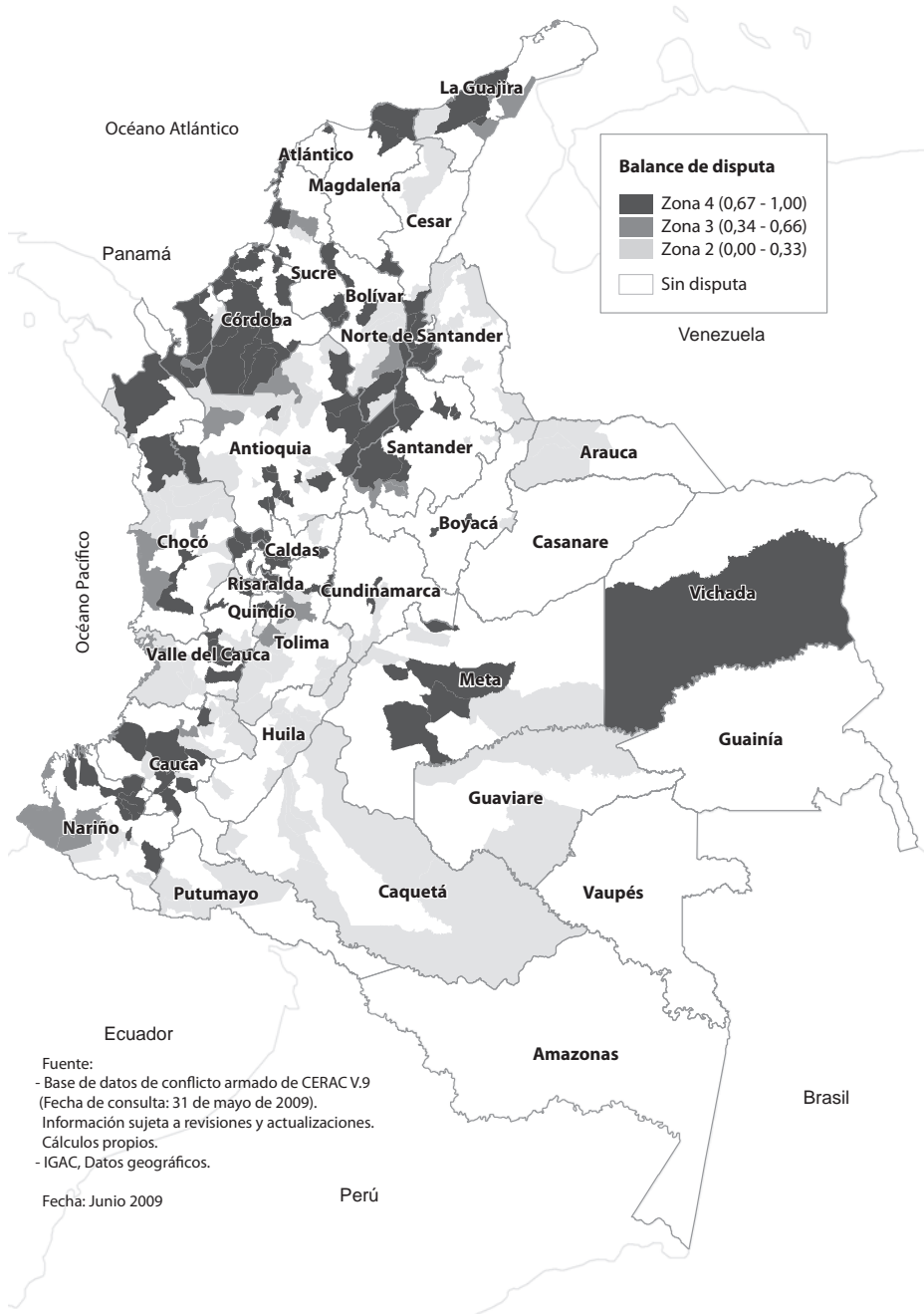
Balance de la disputa entre grupos paramilitares y grupos guerrilleros,
Colombia, 1997



Fuente:
- Base de datos de conflicto armado de CERAC V.9
(Fecha de consulta: 31 de mayo de 2009).
Información sujeta a revisiones y actualizaciones.
Cálculos propios.
- IGAC, Datos geográficos.
Fecha: Junio 2009

Mapa 6

Balance de la disputa entre grupos neoparamilitares y grupos guerrilleros, Colombia, 2008



Fuente:
 - Base de datos de conflicto armado de CERAC V.9
 (Fecha de consulta: 31 de mayo de 2009).
 Información sujeta a revisiones y actualizaciones.
 Cálculos propios.
 - IGAC, Datos geográficos.

Fecha: Junio 2009

distintos grupos armados cambia de naturaleza a lo largo del tiempo y del territorio.

El análisis de este indicador es, entonces, una poderosa herramienta, ya sea para el análisis del estado mismo de las disputas del conflicto –“ver dónde se gana o se pierde una guerra”– o para dar cuenta del tipo de violencia a la que puede estar expuesta una determinada población. Si bien estos resultados no muestran niveles de riesgo, sí ponen de manifiesto la presencia de factores de riesgo violento para la población civil.

También permite, en términos puramente analíticos, describir la dinámica de las disputas parciales e inferir, con información cualitativa y cuantitativa adicional, sobre las estrategias de guerra de los grupos armados. En este sentido, por ejemplo, en los municipios donde el indicador de balance indique que se está en la zona 3, se pueden prever mayor relevancia de los elementos de una guerra de atrición y efectos colaterales de la guerra sobre la población civil. En territorios o momentos en los que el indicador se sitúa en zonas 2 o 4, por su parte, se espera que los grupos ejerzan mayor violencia directa en contra de la población civil. Es así como futuros desarrollos del indicador pueden constituirse en una herramienta para el diseño de políticas de seguridad y defensa nacionales y locales y para la orientación de recursos humanitarios.

Bibliografía

- Aranguren, M. 2001. *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Ávila, A. y P. Núñez. 2008. "Expansión territorial y alianzas tácticas". *Arcanos*. 14: 52-61.
- Davis, P. 1995. *Aggregations, disaggregation and the 3.1 rule in ground combat*. Santa Monica: RAND Corporation.
- Duffield, M. 2001. *Global Governance and the New Wars*. Londres: Zed Books.
- Echandía, C. 2006. *Dos décadas de escalamiento del conflicto armado. 1986-2006*. Bogotá: Universidad del Externado, Facultad de Gobierno, Finanzas y Relaciones Internacionales, Centro de investigaciones Especiales-CIPE.
- Feldmann, A. y V. Hinojosa. 2009. "Terrorism in Colombia: Logic and Sources of a Multidimensional and Ubiquitous Phenomenon". *Terrorism and Political Violence*. 17(3): 42-61.
- Hirshleifer, J. 1991. "The Paradox of Power". *Economics and Politics*. 3: 177-200.
- Kaldor, M. 2006. *New & old wars: organized violence in a global era*. Stanford: Stanford University Press.
- Kalyvas, S. 2006. *The Logic of Violence in Civil War*. New York: Cambridge University Press.
- _____. 2005. "Warfare in Civil Wars". I. Duyvesteyn and J. Angstrom (eds.). *Rethinking the Nature of War*. Abingdon: Frank Cass: 88-108.
- Kay, B. H. 1999. "Violent opportunities: the rise and fall of 'King Coca' and Shining Path". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. 41(3): 97-127.
- Kilcullen, D. 2006. "Twenty-eight articles: fundamentals of company-level counterinsurgency". *Military Review*. Edición especial: 134-139.
- _____. s.f. *Counterinsurgency Redux*. <http://smallwarsjournal.com/reference/counterinsurgency.php>. Fecha de consulta: 27 de mayo de 2009.
- Malesevic, S. 2008. "The Sociology of New Wars? Assessing the Causes and Objectives of Contemporary Violent Conflicts". *International Political Sociology*. 2: 97-112.
- Marks, T. 2002. *Colombian Army Adaptation to Farc Insurgency*. Washington: Strategic Studies Institute.
- Ortiz, R. 2006. *La guerrilla mutante*. F. Leal (ed.) *En la encrucijada. Colombia en el siglo XXI*. Bogotá: Editorial Norma.
- Rangel, A. 2005. *Prólogo: ¿a dónde van los paramilitares?*. Bogotá: Fundación Seguridad & Democracia.
- Reinares, F. 1998. *Terrorismo y Antiterrorismo*. Barcelona: Paidós.
- Restrepo, J. y Spagat, M. 2005. "Colombia's tipping point". *Survival*.(47)2: 131-152.
- Santos, J. M. 2009. "Consolidación de la seguridad democrática: un esfuerzo con decisión resultados". http://www.mindefensa.gov.co/descargas/Documentos_Home/Gestion_Min_Santos.pdf. Fecha de consulta: 5 de junio de 2009.
- Wallace, J. 1997. "Manoeuvre Theory in Operations other than War". B. Holden (ed.). *Military power: land warfare in theory and practice*. Londres: Frank Cass: 207-226.

Prensa

El Espectador. 14 de marzo de 2008. "Pagarán recompensa a Rojas, hombre que mató a Iván Ríos".
<http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo-pagaran-recompensa-rojas-hombre-mato-ivan-rios>. Fecha de consulta: 5 de junio de 2009.

Semana. 27 de octubre de 2008. "El descontrol de las FARC". <http://www.semana.com/noticias-conflicto-armado/descontrol-farc/117129.aspx>. Fecha de consulta: 5 de junio de 2009.